WILLIAM S. BURROUGHS

Queer



Se suele catalogar a esta novela como una secuela o, en parte, una sobredosis de la anterior, *Yonqui*. Pero bien leída, es mucho más. A pesar de las contribuciones de Burroughs a la simbolización de lo raro en el siglo XX, lo fuera de la norma, incluyendo aquello que desafíe a las leyes, no suele considerarse a este autor en el canon de la literatura queer. Con esta historia inaugura un estante admirable y pionero si tenernos en consideración que lo escribió en los años cincuenta, aunque haya resultado editada recién treinta años más tarde. Si *Yonqui* terminaba con la ambición de encontrar una droga superior a la heroína, esta continuación, que incluye un viaje a Latinoamérica entre otras perdiciones y divagues, es el reencuentro del autor con su propia homosexualidad. El protagonista sigue siendo drogadicto y contracultural, pero ahora es dulcemente patético y siempre al borde de la crisis. Capaz de protagonizar una historia de amor con una buena dosis de hartazgo y de sexo como sólo un *alter ego* de Burroughs podía hacerlo.

William S. Burroughs

Queer

ePub r1.0
GONZALEZ 19.01.16

Título original: *Queer*
William S. Burroughs, 1985
Traducción: Mariano Casas

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

Introducción

Ciudad de México, cuando viví en ella a fines de la década de 1940, era una ciudad de un millón de habitantes con aire claro y brillante y un cielo de ese tono especial de azul que tan bien combina con los revoloteantes buitres, la sangre y la arena: el puro, amenazador y despiadado azul mexicano. Me gustó Ciudad de México desde la primera vez que la visité. En 1949 era un lugar barato para vivir, con una enorme colonia extranjera, fabulosos burdeles y restaurantes, peleas de gallos y corridas de toros y cualquier forma imaginable de diversión. Un hombre solo podía vivir bien allí por dos dólares diarios. El juicio en Nueva Orleáns por tenencia de heroína y marihuana parecía tan poco prometedor que decidí no acudir a la cita del tribunal, y alquilé un apartamento en un barrio tranquilo de clase media de Ciudad de México.

Sabía que por la ley de prescripción yo no podía volver a los Estados Unidos durante cinco años, así que solicité la ciudadanía mexicana y me matriculé en algunos cursos de arqueología maya y mexicana en el Colegio de Ciudad de México. La pensión me pagaba los libros y las clases, y me dejaba una mensualidad de setenta y cinco dólares. Pensé en dedicarme a la agricultura, o quizá abrir un bar en la frontera con los Estados Unidos.

La ciudad me atraía. Los barrios bajos no tenían nada que envidiar a los barrios bajos de Asia en cuanto a suciedad y pobreza. La gente cagaba en la calle y después se acostaba encima mientras las moscas le entraban y le salían de la boca. Algunos emprendedores, entre los que no eran infrecuentes los leprosos, hacían fogatas en las esquinas de las calles y cocinaban unos revoltijos horribles, apestosos, indescriptibles, que ofrecían a los transeúntes. Los borrachos dormían directamente sobre las aceras de la calle principal, y ningún policía los molestaba. Me pareció que en México todos dominaban el arte de no meterse en las cosas de los demás. Si un hombre quería llevar un monóculo o usar bastón, no vacilaba en hacerlo, y nadie se volvía para mirarlo. Los niños y los hombres jóvenes andaban por la calle del brazo y nadie les prestaba atención. No era que a la gente no le importara lo que pensaban los demás; pero a ningún mexicano se le ocurriría aceptar la crítica de un extranjero, ni criticar el comportamiento de los demás.

México era fundamentalmente una cultura oriental que reflejaba dos mil años de enfermedad y pobreza y degradación y estupidez y esclavitud y brutalidad y terrorismo psíquico y físico. Era siniestro y sombrío y caótico, con el caos especial de

un sueño. Ningún mexicano conocía de verdad al prójimo, y cuando un mexicano mataba a alguien (lo que ocurría a menudo), era por lo general a su mejor amigo. Todo el que quería llevaba un arma, y leí acerca de varios casos en los que policías borrachos, al disparar a los asiduos de un bar, eran a su vez tiroteados por civiles armados. Como figuras de autoridad, los policías mexicanos estaban a la misma altura que los conductores de tranvía.

Tocios los funcionarios eran corruptibles, los impuestos sobre la renta eran muy bajos y los cuidados médicos muy económicos porque los médicos se anunciaban en los periódicos y hacían descuento. Podías curarte de una gonorrea por 2,40 dólares o comprar la penicilina e inyectártela tú mismo. No había normas que restringieran la automedicación, y se podían comprar agujas y jeringuillas en cualquier parte. Esa era la época de Alemán, cuando reinaba la *mordida* y la pirámide de sobornos iba desde el policía que hacía la ronda hasta el presidente. Ciudad de México también era la capital mundial del asesinato, con el índice de homicidios per cápita más alto. Recuerdo que todos los días había en los periódicos historias como éstas:

Un *campesino*[1] que acaba de llegar del interior está esperando el autobús: pantalones de lino, sandalias hechas con un neumático, amplio sombrero, un machete en el cinturón. Otro hombre también espera, vestido con traje, mirando el reloj, refunfuñando con ira. El *campesino* saca de repente el machete y decapita limpiamente al hombre. Más tarde contó a la policía: «Me estaba mirando *muy feo* y finalmente no pude contenerme». Obviamente, el hombre estaba molesto porque el autobús tardaba, y miraba hacia la carretera a ver si aparecía, y el campesino interpretó mal esa acción, y a continuación rodó una cabeza, haciendo horribles muecas y mostrando dientes de oro.

Al borde de la carretera hay sentados dos *campesinos* sin consuelo. No tienen dinero para el desayuno. Pero mira: un muchacho que lleva un rebaño de cabras. Un campesino agarra una piedra y aplasta la cabeza del muchacho. Llevan las cabras al pueblo más cercano y las venden. Están desayunando cuando los detiene la policía.

Un hombre vive en una casa pequeña. Un desconocido le pregunta por el camino a Ayahuasca. «Ah, por aquí, *señor*». Lleva al hombre a un lado y a otro. «El camino está aquí». De repente se da cuenta de que el otro no tiene ni la menor idea de dónde está el camino, y para qué molestarse. Así que agarra una piedra y mata a su atormentador.

Los *campesinos* usaban piedras y machetes. Más sanguinarios eran los políticos y los policías fuera de servicio, cada uno con su 45 automática. Uno aprendía a tirarse al suelo. Hay otra historia real: un *político* armado se entera de que su chica lo engaña, citándose con alguien en ese bar. Un chico norteamericano entra por casualidad y se sienta al lado de ella cuando aparece el macho al grito de «¡CHINGOA!» y saca la 45 y acribilla al chico sobre el taburete de la barra. Arrastran el cuerpo fuera del bar y lo alejan un poco por la calle. Cuando llegan los policías, el camarero se encoge de hombres mientras limpia la barra ensangrentada y

sólo atina a decir: «*¡Malos, esos muchachos!*».

Cada país tiene sus propias Mierdas especiales, como el agente del orden sureño que hacía una muesca por cada negro que mataba, y el burlón macho mexicano no se queda atrás en cuanto a violencia. Y muchos mexicanos de clase media son tan horribles como cualquier burgués del mundo. Recuerdo que en México las recetas para narcóticos eran de un amarillo brillante, como un billete de mil dólares o una baja deshonrosa del ejército. Una vez el viejo Dave y yo tratamos de llenar una receta, que él había obtenido del gobierno mexicano de manera bastante legítima. El primer farmacéutico donde probamos retrocedió soltando un gruñido: «*¡No prestamos servicio a los viciosos!*».

Caminamos de una *farmacia* a otra, sintiéndonos cada vez peor: «No, señor…». Debimos de andar varios kilómetros.

—Nunca había estado en este barrio.

—Bueno, probemos en una más.

Finalmente entramos en una pequeña *farmacia*, un verdadero cuchitril. Saqué la *receta* y una señora canosa me sonrió. El farmacéutico miró la receta y dijo: «Dos minutos, *señor*».

Nos sentamos a esperar. Había geranios en la ventana. Un niño me trajo un vaso de agua y un gato se frotó contra mi pierna. Después de un rato el farmacéutico regresó con nuestra morfina.

—*Gracias, señor*.

Fuera, el barrio parecía ahora encantado: pequeñas *farmacias* en un mercado, delante cajas y puestos, una *pulquería* en la esquina. Quioscos que vendían saltamontes fritos y caramelos de menta negros de moscas. Niños del interior del país vestidos con impecable ropa blanca de hilo y alpargatas, con caras de cobre bruñido e intensos ojos negros e inocentes, como animales exóticos, de una deslumbrante belleza asexuada. Ahí hay un chico de rasgos angulosos y piel negra, que huele a vainilla, con una gardenia detrás de la oreja. Sí, has encontrado una perla, pero para encontrarla tuviste que atravesar Villamierda. Siempre es así. Cuando crees que la tierra está exclusivamente poblada por Mierdas, encuentras una perla.

Un día me golpearon a la puerta a las ocho de la mañana. Salí en pijama y me encontré con un inspector de Inmigración.

—Vístase. Está detenido.

Parecía que la mujer de al lado había presentado un largo informe sobre mi conducta etílica y desordenada, y también había algún problema con mis papeles y ¿dónde estaba la mujer mexicana que supuestamente tenía? Los funcionarios de inmigración estaban dispuestos a meterme en la cárcel mientras se preparaba mi deportación como extranjero indeseable. Desde luego, todo se podía arreglar con dinero, pero mi entrevistador era el jefe del departamento de deportación y no

aceptaría cualquier cosa. Finalmente tuve que soltar doscientos dólares. Mientras volvía caminando a casa desde la Oficina de Inmigración, imaginé lo que habría tenido que pagar si realmente hubiera hecho una inversión en Ciudad de México.

Pensé en los constantes problemas con que se topaban los tres dueños norteamericanos del Ship Ahoy. Los policías iban todo el tiempo a buscar una *mordida*, y después llegaban los inspectores de sanidad, y entonces aparecían más policías para aprovechar la situación y ver si podían sacar una mordida importante. Se llevaron el camarero al centro y lo molieron a palos. Querían saber dónde estaba escondido el cuerpo de Kelly. ¿Cuántas mujeres habían sido violadas en el bar? ¿Quién había llevado la marihuana? Etcétera. Kelly era un norteamericano aficionado al *jazz* a quien habían disparado en el Ship Ahoy hacía seis meses, se había recuperado y estaba ahora en el ejército de su país. Nunca habían violado allí a una mujer y nadie había fumado allí marihuana. A esas alturas yo había abandonado del todo mi proyecto de abrir un bar en México.

Un toxicómano respeta poco su imagen. Usa la ropa más sucia y gastada y no siente ninguna necesidad de llamar la atención. Durante mi periodo de adicción en Tánger, me conocían como *El Hombre Invisible*. Esta desintegración de la propia imagen se traduce a menudo en una sed indiscriminada de imágenes. Billie Holliday dijo que supo que se había desenganchado de la droga cuando dejó de ver la televisión. En mi primera novela, *Yonqui*, el protagonista, Lee, da la impresión de ser equilibrado e independiente, seguro de sí mismo y de lo que quiere hacer. En *Marica* es desequilibrado, urgentemente necesitado de contacto, totalmente inseguro de sí mismo y de sus objetivos.

Por supuesto, la diferencia es simple: Lee colocado es codiciado y está protegido y también severamente limitado. El caballo no sólo le provoca un cortocircuito con el apetito sexual sino que además le embota las reacciones emocionales hasta casi anularlas, según la dosis. Mirando ahora la acción de *Marica*, ese alucinado mes de agudo síndrome de abstinencia adquiere un horroroso brillo de amenaza y maldad que sale de bares alumbrados por luces de neón, de la horrible violencia con la 45 siempre bajo la superficie. Colocado, yo estaba aislado, no bebía, no salía mucho, sólo me pinchaba y esperaba la siguiente dosis.

Cuando se quita la tapa, todo lo que ha estado controlado por el caballo sale a borbotones. El adicto con síndrome de abstinencia está sujeto a los excesos emocionales de un niño o un adolescente, sea cual sea su edad real. Y el apetito sexual vuelve con toda su fuerza. Hombres de sesenta años tienen poluciones nocturnas y orgasmos espontáneos (una experiencia sumamente desagradable, *agaçant*, como dicen los franceses, que eriza la piel). Si el lector no tiene esto en mente, la metamorfosis del personaje de Lee parecerá inexplicable o psicótica. También hay que recordar que el síndrome de abstinencia es autorestrictivo, pues no

dura más de un mes. Y Lee tiene una fase de bebida excesiva, que exacerba los aspectos peores y más peligrosos del síndrome de abstinencia: la conducta imprudente, indecorosa, escandalosa, sensiblera; en una palabra, atroz.

Después del síndrome de abstinencia, el organismo se readapta y se estabiliza en un nivel anterior a la colocación. En el relato, esa estabilización se alcanza por fin durante el viaje a Sudamérica. No disponen de caballo ni de ninguna otra droga después del paregórico de Panamá. El consumo de alcohol por parte de Lee se ha reducido a unos buenos tragos al atardecer. No es muy diferente del Lee de las ulteriores *Yage Letters*, salvo la presencia fantasma de Allerton.

De modo que había escrito *Yonqui*, y el motivo era relativamente simple: relatar de la manera más exacta y sencilla posible mis experiencias como adicto. Tenía la esperanza de publicar, ganar dinero, obtener reconocimiento. En la época en que empecé a escribir *Yonqui*, Kerouac acababa de publicar *The Town and the City*. Recuerdo que cuando apareció su libro le dije en una carta que ya tenía asegurados la fama y el dinero. Como se ve, en ese momento yo no sabía nada de lo que era el mundo de la escritura.

Mis motivos para escribir *Marica* fueron más complejos, y en este momento no los tengo claros. ¿Por qué habría de querer describir con tanto rigor recuerdos sumamente dolorosos y desagradables y lacerantes? Mientras que yo escribí *Yonqui*, siento que *Marica* me escribió a mí. También fue un esfuerzo para garantizar la escritura de otros libros, para aclarar las cosas: escritura como inoculación. En cuanto se escribe algo, ese algo pierde el poder de la sorpresa, así como un virus pierde su ventaja cuando un virus debilitado ha creado anticuerpos alertados. De manera que, relatando mi experiencia, logré cierta inmunidad ante otras aventuras peligrosas del mismo tipo.

Al principio de *Marica*, después de volver del aislamiento del caballo al país de los vivos, como un Lázaro frenético e inepto, Lee parece decidido a ligar. Hay algo curiosamente sistemático y asexual en su búsqueda de un adecuado objeto sexual, tachando uno tras otro los posibles candidatos de una lista que parece compilada pensando en el fracaso último. En algún nivel muy profundo no quiere triunfar, pero hará cualquier cosa para evitar darse cuenta de que en realidad no busca el contacto sexual.

Pero Allerton era decididamente algún tipo de contacto. ¿Y qué contacto buscaba Lee? Visto desde aquí, un concepto muy confuso que no tenía nada que ver con Allerton como personaje. Mientras que el adicto es indiferente a la impresión que causa en los demás, durante el síndrome de abstinencia puede sentir la necesidad compulsiva de un público, y eso es, desde luego, lo que Lee busca en Allerton: un público, el reconocimiento de su actuación, que por supuesto es una máscara para tapar una desintegración espantosa. Así que inventa un desesperado formato

llamativo que llama el Número: escandaloso, gracioso, fascinante: «Era un viejo marinero, y paraba a uno de cada tres…».

La actuación adopta la forma de números: fantasías sobre Jugadores de Ajedrez, el Petrolero de Texas, el Depósito de Esclavos Usados de Ojete Gus. En *Marica,* Lee dirige esos números a un público real. Más tarde, cuando se desarrolla como escritor, el público se interioriza. Pero el mismo mecanismo que creó a A. J. y al Doctor Benway, el mismo impulso creativo, se dedica a Allerton, que queda colocado en el papel de Musa aprobadora, en el que, naturalmente, se siente incómodo.

Lo que busca Lee es contacto o reconocimiento, como un fotón que surge de la neblina de la insustancialidad y deja una marca indeleble en la conciencia de Allerton. Al no encontrar a un observador adecuado, se ve amenazado por una dolorosa dispersión, como un fotón inobservado. Lee no sabe que ya está comprometido a escribir, ya que ésa es la única manera que tiene de dejar una marca indeleble, este o no Allerton inclinado a observar. Lee se ve inexorablemente empujado hacia el mundo de la narrativa. Ya ha decidido entre su vida y su obra.

El manuscrito se desvanece en Puyo, pueblo Final del Camino… La búsqueda del yage ha fracasado. El misterioso doctor Cotter sólo quiere librarse de sus inoportunos huéspedes. Sospecha que son agentes de Gilí, su socio traidor, resueltos a robarle su obra de genio que permite aislar el curare del veneno compuesto de las flechas. Más tarde me enteré de que las empresas químicas simplemente decidieron comprar veneno de flechas en grandes cantidades y extraer el curare en sus laboratorios norteamericanos. La droga pronto fue sintetizada y es ahora una sustancia estándar que aparece en muchos relajantes musculares. Parece, por lo tanto, que Cotter no tenía nada que perder: sus esfuerzos ya han sido superados. Callejón sin salida. Y Puyo puede servir de modelo para el Lugar de los Caminos Cortados: un conglomerado muerto, sin sentido, de casas con techo de zinc bajo un aguacero continuo. La Shell se ha ido, dejando unos bungalows prefabricados y maquinaria oxidada. Y Lee ha llegado al final de su camino, un final implícito en el principio. Se queda con el impacto de distancias insalvables, la derrota y el cansancio de un viaje largo y doloroso hecho para nada, el rumbo equivocado, la pista perdida, un autobús que espera en la lluvia…, la vuelta a Ambaro, Quito, Panamá, Ciudad de México.

Cuando empecé a escribir este texto para acompañar a *Marica*, me paralizó una fuerte resistencia, un bloqueo mental como una camisa de fuerza: «Miro el manuscrito de *Marica* y siento que sencillamente no puedo leerlo. Mi pasado fue un río envenenado del que uno tuvo la fortuna de escaparse y por el que uno se siente inmediatamente amenazado, años después de los hechos relatados. Doloroso hasta el punto en que leerlo me resulta difícil, y no digamos escribir sobre él. Cada palabra y

cada gesto ponen los pelos de punta». El motivo de esa resistencia se hace más evidente cuando me obligo a mirar: el libro está motivado y formado por un acontecimiento que nunca se menciona, que de hecho se elude cuidadosamente: la muerte accidental por un disparo de mi mujer, Joan, en septiembre de 1951.

Mientras escribía *The Place of Dead Roads*, me sentí en contacto espiritual con el difunto escritor inglés Dentón Welch, a quien usé como modelo del protagonista de la novela, Kim Carson. Partes enteras me vinieron a la cabeza como si me las dictaran, como si las transmitiera el golpeteo de una mesa. He escrito sobre la fatídica mañana del accidente de Dentón, que lo dejó inválido para el resto de su corta vida. Si se hubiera quedado un poco más aquí y no tanto allí, habría faltado a la cita con la automovilista que le golpeó la bicicleta desde atrás sin motivo aparente. En un momento Dentón había dejado de tomar café, y mirando las bisagras de cobre de los postigos de la ventana de la cafetería, algunas de ellas rotas, se sintió invadido por una sensación de universal desolación y pérdida. De manera que cada acontecimiento de esa mañana tiene una carga de trascendencia especial, como si estuviera subrayado. Esa prodigiosa clarividencia impregna la obra de Welch: un escón, una taza de té, un tintero comprado por unos chelines se cargan de una importancia especial y a menudo siniestra.

Tengo exactamente la misma sensación en un grado casi insoportable cuando leo el manuscrito de *Marica*. El acontecimiento hacia el que Lee se siente inexorablemente empujado es la muerte de su mujer por su propia mano, el conocimiento de la posesión, una mano muerta que espera para deslizarse sobre la suya como un guante. De manera que de sus páginas se levanta una niebla tóxica de amenaza y maldad, una maldad de la que Lee, sabiéndolo y sin saberlo, intenta escapar con un desesperado empleo de la fantasía: sus números, que ponen los pelos de punta a causa de la horrible amenaza que hay detrás o al lado, una presencia palpable como una bruma.

Brion Gysin me dijo en París: «*For ugly spirit shot Joan because*…». («Pues el feo espíritu disparó a Joan porque…»). Un mensaje bastante espiritista que no fue completado… ¿o sí? No hace falta completarlo si se lo lee de este modo: «*Ugly spirit shot Joan to be cause*» («Feo espíritu disparó a Joan para ser la causa»), es decir, para mantener una odiosa ocupación parasitaria. Mi concepto de la posesión se acerca más al modelo medieval que a las modernas explicaciones psicológicas, con su insistencia dogmática en que esas manifestaciones tienen que venir de dentro y nunca, nunca, nunca de fuera. (Como si hubiera una diferencia nítida entre lo interior y lo exterior). Hablo de una entidad poseedora definida. Y, por cierto, el concepto psicológico bien podría haber sido inventado por las entidades poseedoras, dado que nada hay más peligroso para un poseedor que ser visto como criatura invasora aparte por el huésped que ha invadido. Por esa razón el poseedor sólo se muestra cuando es totalmente

necesario.

En 1939 me interesé en los jeroglíficos egipcios y fui a ver a alguien en el Departamento de Egiptología de la Universidad de Chicago. Y algo me gritó en el oído: «¡ESTE NO ES TU SITIO!». Sí, los jeroglíficos proporcionaban una clave del mecanismo de posesión. Como un virus, la entidad poseedora tiene que encontrar un puerto de entrada.

Esa ocasión fue el primer indicio claro que tuve de algo en mi ser que no era yo, y que yo no controlaba. Recuerdo un sueño de esa época: yo trabajaba como exterminador en Chicago, a fines de la década de 1930, y vivía en una pensión en el lado norte de la ciudad. En el sueño floto cerca del techo con una sensación de pura muerte y desesperación, y al mirar hacia abajo veo que mi cuerpo sale por la puerta con mortífera determinación.

Uno se pregunta si el yage hubiera podido sacarme del apuro con una deslumbrante revelación. Recuerdo un *cut-up* que hice en París unos años más tarde: «*Rawpeeled winds of hate and mischance blew the shot*» («Vientos cortantes y pelados de odio e infortunio erraron el disparo»). Y durante años pensé que se refería al desperdicio de una dosis de caballo, cuando la droga chorrea por el lado de la jeringa a causa de una obstrucción. Brion Gysin señaló el verdadero significado: el tiro que mató a Joan.

Yo había comprado un cuchillo de explorador en Quito. Tenía mango de metal y una falta de lustre que le daba un curioso aspecto antiguo, de algo sacado de una tienda de chatarra de fin de siglo. Lo veo en una bandeja de cuchillos y anillos viejos, con el baño de plata un poco descascarado. Eran más o menos las tres de la tarde, unos días después de mi regreso a Ciudad de México, y decidí hacerlo afilar. El afilador tenía un pequeño silbato y una ruta fija, y mientras iba por la calle hacia su carrito un sentimiento de pérdida y tristeza que me había oprimido todo el día hasta el punto que apenas podía respirar se intensificó tanto que sentí que me corrían lágrimas por la cara.

«¿Qué pasa?», me pregunté.

Esa fuerte depresión y la sensación de catástrofe aparecen una y otra vez en el texto. Lee suele atribuirlas a sus fracasos con Allerton: «Le costaba moverse y pensar. Lee tenía rígida la cara y monótona la voz». Allerton acaba de rechazar una invitación a cenar y se ha marchado bruscamente: «Miró la mesa, con dificultades para pensar, como si tuviera mucho frío». (Al leer esto *yo* siento frío y depresión).

He aquí un sueño precognitivo en la choza de Cotter en Ecuador: «Estaba delante del Ship Ahoy. No había nadie dentro. Oía que alguien lloraba. Vio a su hijo pequeño, y se arrodilló y lo levantó en brazos. El sonido del llanto estaba más cerca, una ola de tristeza… Sostuvo al pequeño Willy contra el pecho.

Había allí un grupo de personas con ropa de presidiarios. Lee se preguntó qué hacían allí y por qué estaría él llorando».

Me he obligado a recordar el día de la muerte de Joan, la inconsolable sensación

de catástrofe y de pérdida… y mientras iba por la calle sentí de repente que me corrían lágrimas por la cara. «¿Qué me pasa?». El pequeño cuchillo de explorador con mango metálico, el baño de plata descascarado, un olor a monedas viejas, el silbato del afilador. ¿Qué habrá pasado con ese cuchillo que nunca reclamé?

Todo me lleva a la atroz conclusión de que jamás habría sido escritor sin la muerte de Joan, y a comprender hasta qué punto ese acontecimiento ha motivado y formulado mi escritura. Vivo con la amenaza constante de la posesión, y la necesidad constante de librarme de la posesión, del Control. De manera que la muerte de Joan me puso en contacto con el invasor, el Espíritu Feo, y me embarcó en una lucha de toda la vida, en la que no he tenido más remedio que buscar la salida escribiendo.

Me he obligado a escapar de la muerte. Dentón Welch es casi mi cara. Olor a monedas viejas. Qué habrá pasado con ese cuchillo llamado Allerton, vuelta a la atroz Margaras Inc. La comprensión ¿es ***actividad*** *básica formulada? El día de la muerte y la pérdida de Joan. Vi lágrimas cayendo de Allerton descascarando a la misma persona que un tirador occidental. ¿****Qué estás reescribiendo****? Toda la vida preocupado por el Control y el Virus. Después de entrar, el virus usa la energía, la sangre, la carne y los huesos del huésped para hacer copias de sí mismo. Modelo de insistencia dogmática nunca de fuera me gritaba en el oído: «¡ESTE NO ES TU SITIO!».*

Una anotación de camisa de fuerza cuidadosamente paralizada por la fuerte reticencia. Librarse de sus líneas preescritas años después de los acontecimientos relatados. El bloqueo mental de un escritor evitó la muerte de Joan. Dentón Welch es la voz de Kim Carson a través de una nube subrayada mesa rota que golpetea.

WILLIAM S. BURROUGHS
Febrero de 1985

1

Lee centró su atención en un chico judío llamado Cari Steinberg, a quien conocía superficialmente desde hacía cerca de un año. La primera vez que vio a Cari, Lee pensó: «Podría usar eso, si no tuviera las joyas de la familia empeñadas con el tío Caballo».

El chico era rubio, de cara delgada y angulosa con algunas pecas, siempre un poco rosada alrededor de las orejas y la nariz como si acabara de bañarse. Lee nunca había conocido a nadie de aspecto tan limpio como Cari. Con aquellos ojos marrones, pequeños y redondos, y el pelo rubio rizado, le recordaba un pájaro joven. Nacido en Munich, Cari había crecido en Baltimore. En cuanto a modales y aspecto parecía europeo. Al estrechar la mano era como si diera un taconazo. A Lee le resultaba mucho más fácil hablar con los jóvenes europeos que con los norteamericanos. La mala educación de muchos norteamericanos lo deprimía; era una mala educación basada en un auténtico desconocimiento del concepto de modales y en la propuesta de que, a efectos sociales, todas las personas son más o menos iguales e intercambiables.

Lo que Lee buscaba en toda relación era la sensación de contacto. Sentía algo de contacto con Cari. El muchacho escuchaba con educación y parecía entender lo que decía Lee. Después de algunas reservas iniciales, aceptó el hecho del interés sexual de Lee en su persona.

—Como no puedo cambiar de parecer respecto a ti, tendré que cambiar de parecer respecto a otras cosas —le dijo a Lee.

Pero Lee pronto descubrió que no podía hacer progresos. «Si hubiera llegado a este punto con un chico norteamericano», razonó, «podría seguir hasta el final. Así que no es marica. La gente puede ser amable. ¿Dónde está el obstáculo?». Finalmente Lee adivinó la respuesta: «Lo que lo hace imposible es que a su madre no le gustaría». Y Lee supo que era hora de dejar el asunto. Recordó a un amigo judío homosexual que vivía en la ciudad de Oklahoma. Lee le había preguntado: «¿Por qué vives aquí? Tienes dinero suficiente para vivir donde quieras». La respuesta fue: «Mi madre se moriría si yo me fuera». Lee se había quedado mudo.

Una tarde Lee caminaba con Cari por el parque de la avenida Amsterdam. De repente Cari hizo una ligera reverencia y estrechó la mano de Lee.

—Mucha suerte —dijo, y corrió a coger un tranvía.

Lee se quedó mirando cómo se iba su amigo; después regresó al parque y se sentó

en un banco de hormigón moldeado para que pareciera de madera. Unas flores azules de un árbol habían caído en el banco y en el camino que pasaba por delante. Lee miró cómo se movían empujadas por un cálido viento de primavera. El cielo se nublaba, preparando un chaparrón para la tarde. Lee se sentía solo y derrotado. «Tendré que buscar a algún otro», pensó. Hundió la cara entre las manos. Estaba muy cansado.

Vio una vaga fila de chicos. Cada vez que uno llegaba al frente decía «Mucha suerte» y corría a subir a un tranvía.

«Lo siento…, número equivocado…, inténtelo de nuevo…, llame a otro sitio…, a otro lugar…, aquí no…, a mí no…, no me interesa, no lo necesito, no lo quiero. ¿Por qué me ha escogido a mí?». La última cara fue tan real y tan fea que Lee dijo en voz alta: «¿Quién te ha preguntado a ti, feo hijo de puta?».

Lee abrió los ojos y miró alrededor. Por delante pasaron dos adolescentes mexicanos abrazados. Los miró relamiéndose los labios secos y agrietados.

Después Lee siguió viendo a Cari hasta que finalmente el chico dijo «Mucha suerte» por última vez y se fue. Más adelante Lee *oyó* que se había ido con su familia a Uruguay.

Lee estaba sentado con Winston Moor en el Rathskeller, bebiendo tequilas dobles. Los relojes de cucú y las cabezas de ciervo apolilladas daban al restaurante un aspecto sombrío, fuera de lugar, tirolés. Un olor a cerveza derramada, a inodoros desbordados y a basura rancia flotaba en el aire como una niebla espesa y salía a la calle por una estrecha e inoportuna puerta de vaivén. Un televisor estropeado la mitad del tiempo y que emitía horribles chillidos guturales era el último toque desagradable.

—Estuve aquí anoche —dijo Lee—. Conversé con un médico marica y con su novio. El médico era comandante del Cuerpo Médico. El novio era algo así como ingeniero. Una bruja horrible. El médico me invitó a tomar una copa con ellos y el novio se puso celoso y yo, de todos modos, no tenía ganas de cerveza, cosa que el médico tomó como una reflexión sobre México y su propia persona. Empezó con eso de ¿te gusta México? Así que le dije que México, en algunos sentidos, estaba bien, pero que él, como persona, era un codazo. Te imaginarás que se lo dije con delicadeza. Además, yo ya tenía que irme a casa, donde me esperaba mi mujer.

»Entonces él dijo: “Tú no tienes mujer. Eres tan marica como yo”. Y yo le expliqué: “No sé lo marica que eres, doctor, y no me interesa averiguarlo. Para eso tendrías que ser un mexicano buen mozo y no lo que eres: un mexicano feo y viejo. Y eso va por partida doble para tu apolillado novio”. Yo, por supuesto, esperaba que la situación no llegara a un punto extremo…

»¿No conociste a Hatfield? Claro que no. Es anterior a tu época. Mató a un *cargador* en una *pulquería*. La cosa le costó quinientos dólares. Y suponiendo que un cargador es lo último, imagina cuánto costaría matar a un comandante del ejército mexicano.

Moor llamó al camarero.

—*Yo quiero un sandwich* —dijo, sonriéndole—. *¿Qué sandwiches tiene?*

—¿Qué quieres? —preguntó Lee, molesto por la interrupción.

—No lo sé exactamente —dijo Moor, mirando la carta—. ¿Podrán hacer un sándwich de queso derretido con pan integral tostado?

Moor se volvió hacia el camarero con una sonrisa que quería ser juvenil.

Lee cerró los ojos mientras Moor intentaba transmitir el concepto de queso derretido sobre una tostada de pan integral. Moor se mostraba encantadoramente desvalido con su inadecuado español. Estaba montando el número del niño en un país extranjero. Moor sonreía a un espejo interior, una sonrisa sin rastros de calidez, pero no era una sonrisa fría; era una sonrisa sin sentido de la decadencia senil, la sonrisa que acompaña a una dentadura postiza, la sonrisa de un hombre envejecido y metido en la solitaria reclusión del exclusivo narcisismo.

Moor era un hombre delgado y joven, de pelo rubio habitualmente un tanto largo. Tenía ojos azul pálido y piel muy blanca, unas manchas oscuras debajo de los ojos y dos profundas arrugas a los lados de la boca. Parecía un niño y al mismo tiempo un hombre prematuramente envejecido. Su rostro mostraba los estragos del proceso de la muerte, las marcas del deterioro en una carne apartada de la carga vital que da el contacto. A Moor lo motivaba —literalmente lo mantenía vivo— el odio, pero en ese odio no había pasión ni violencia. El odio de Moor era una presión lenta y constante, débil pero de una infinita persistencia, que esperaba el momento oportuno para aprovecharse de cualquier debilidad del otro. El lento goteo del odio de Moor le había grabado arrugas decrépitas en la cara. Había envejecido sin la experiencia de la vida, como un trozo de carne que se pudre en el estante de una despensa.

Moor tenía la costumbre de interrumpir un relato cuando estaba a punto de llegar a su conclusión. Con frecuencia iniciaba una larga conversación con un camarero o con cualquiera que tuviera a mano, o se volvía distraído y distante, bostezaba y preguntaba: «¿Qué decías?» como si acabaran de traerlo a la sosa realidad arrancándolo de unas reflexiones de las que los demás no tenían noción.

Moor se puso a hablar de su mujer.

—Al principio, Bill, dependía tanto de mí que literalmente tenía un ataque de histeria cada vez que yo me iba al museo donde trabajo. Logré fortalecerle el ego hasta el punto en que dejó de necesitarme, y entonces no tuve más remedio que irme. No podía hacer nada más por ella.

Moor se hacía el sincero. «Dios mío», pensó Lee, «se lo cree de verdad».

Lee pidió otro tequila doble. Moor se levantó.

—Bueno, debo irme —dijo—. Tengo muchas cosas que hacer.

—Oye —dijo Lee—. ¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche?

—Bien, de acuerdo —dijo Moor.

—A las seis en la K. C. Steak House.

—De acuerdo.

Moor se fue.

Lee bebió la mitad del tequila que el camarero le puso delante. Había frecuentado a Moor en Nueva York durante varios años y nunca le había gustado. A Moor no le gustaba Lee; en realidad, no le gustaba nadie. «Debes de estar loco», se dijo Lee, «intentando ligar en esa dirección cuando sabes la arpía que es. Esos personajes dudosos pueden ser más venenosos que cualquier maricón».

Cuando Lee llegó a la K. C. Steak House Moor ya estaba allí. Tenía con él a Tom Williams, otro chico de Salt Lake City. «Se ha traído a una chaperona», pensó Lee.

«… Me gusta el chico, Tom, pero no soporto quedarme a solas con él. Todo el tiempo trata de llevarme a la cama. Eso es lo que no me gusta de los maricas. No se puede mantener la relación en el plano de la amistad…». Sí, Lee oía esa conversación.

Durante la cena Moor y Williams hablaron de una barca que planeaban construir en Ziuhuatenejo. Lee creía que era un proyecto estúpido.

—Creía que la construcción de barcas era cosa de profesionales —dijo Lee. Moor hizo como que no oía.

Después de la cena Lee volvió a la pensión de Moor con Moor y Williams. En la puerta, Lee preguntó:

—Caballeros, ¿no les apetece un trago? Voy a buscar una botella…

Miró a uno y después al otro.

—Bueno, no. Es que queremos trabajar en el plan de construcción de la barca.

—Entiendo —dijo Lee—. Bueno, os veré mañana. ¿Podríamos encontrarnos a tomar algo en el Rathskeller, a eso de las cinco?

—Yo creo que mañana estaré ocupado.

—Sí, pero tienes que comer y beber.

—Bueno, pero ahora esa barca es más importante para mí que cualquier otra cosa. Va a ocupar todo mi tiempo.

—Haz lo que quieras —dijo Lee mientras se iba.

Lee estaba muy dolido. Oía a Moor diciendo: «Gracias por la interferencia, Tom. Bueno, espero que se haya dado cuenta. Claro que Lee es un tío interesante y todo eso… pero no aguanto esta situación homosexual». Tolerante, mirando las dos caras del asunto, hasta cierto punto comprensivo, finalmente forzado a poner un límite diplomático pero firme. «Y de veras se lo cree», pensó Lee. «Como toda esa estupidez de fortalecerle el ego a su mujer. Puede regodearse con las peores vilezas y al mismo tiempo considerarse un santo. Vaya truco».

En realidad, el rechazo de Moor estaba calculado para causar el máximo dolor posible, dadas las circunstancias. Ponía a Lee en el lugar de un marica odiosamente insistente, demasiado estúpido o insensible para ver que sus atenciones no tenían eco, llevando a Moor a la desagradable necesidad de trazar una línea.

Lee se apoyó unos minutos en una farola. La impresión lo había despejado, quitándole la euforia de la borrachera. Ahora se daba cuenta de lo cansado y débil que estaba, pero aún no se sentía preparado para volver a casa.

2

«Todo lo que se fabrica en este país se cae a pedazos», pensó Lee. Estaba estudiando la hoja de la navaja de acero inoxidable. El enchapado se le despegaba como si fuera papel de plata. «No me sorprendería nada encontrar a un chico en la alameda y que se le cayera el… Ahí viene el honesto Joe».

Joe Guidry se sentó a la mesa con Lee, dejando caer unos fardos en la mesa y en la silla vacía. Limpió la boca de una botella de cerveza con la manga y bebió la mitad del líquido de un largo trago. Era un hombre grande con cara colorada e irlandesa de político.

—¿Qué sabes? —preguntó Lee.

—No mucho, Lee. Sólo que alguien me robó la máquina de escribir. Y sé quién se la llevó. Fue ese brasileño o lo que sea. Tú lo conoces. Maurice.

—¿Maurice? ¿El que estaba contigo la semana pasada? ¿El luchador?

—Te refieres a Louis, el profesor de gimnasia. No, éste es otro. Louis ha decidido que todo eso está muy mal, y me asegura que yo voy a arder en el infierno pero que él irá al cielo.

—¿De veras?

—Sí, claro. Bueno, Maurice es tan marica como yo —Joe eructó—. Perdón. Si no lo es más. Pero se niega a aceptarlo. Creo que el robo de la máquina de escribir es una manera de demostrarme y de demostrarse que se ha metido en esto para sacar todo lo posible. En realidad, es tan marica que ha dejado de interesarme. Pero no del todo. Cuando vea a ese cabrón, en vez de molerlo a palos, que es lo que tendría que hacer, lo más probable es que vuelva a invitarlo a mi apartamento.

Lee empujó la silla hacia atrás, apoyándola en la pared, y miró alrededor. En la mesa de al lado había alguien escribiendo una carta. Si había escuchado la conversación, no lo aparentaba. El dueño del bar leía la sección de toros del periódico abierto sobre el mostrador. Un silencio que sólo existe en México, un zumbido vibrante, sordo, se filtró en el ambiente.

Joe terminó la cerveza, se limpió la boca con el dorso de la mano y se quedó mirando la pared con ojos llorosos, inyectados de sangre. El silencio se filtró en el cuerpo de Lee y su cara se aflojó y se volvió inexpresiva. Eso produjo un efecto curiosamente espectral, como si la hiciera transparente. La cara era decrépita y aviesa y vieja, pero los límpidos ojos verdes eran soñadores e inocentes. Su pelo castaño claro era muy fino y se despeinaba con facilidad. Por lo general le caía sobre la frente

y a veces rozaba lo que estaba comiendo o se le metía en el vaso.

—Bueno, tengo que irme —dijo Joe. Recogió sus cosas, saludó a Lee con la cabeza, ofreciéndole una de sus dulces sonrisas de político, y salió. Por un momento, antes de perderse de vista, su cabeza medio calva se recortó contra el sol.

Lee bostezó y cogió la página de cómics que había en la mesa de al lado. Era de dos días atrás. La dejó y bostezó de nuevo. Se levantó y pagó lo que había bebido y salió al sol de la tarde. Como no tenía adonde ir, se metió en el quiosco de Sears y leyó gratis las revistas nuevas.

Volvió a pasar por delante de la K. C. Steak House. Moor le hizo señas desde dentro del restaurante. Lee entró y se sentó a su mesa.

—Tienes muy mal aspecto —dijo. Sabía que eso era lo que Moor quería oír. La verdad era que Moor tenía peor aspecto que de costumbre. Siempre había sido pálido: ahora estaba amarillento.

El proyecto de la barca había quedado en nada. Moor y Williams y Lil, la mujer de Williams, acababan de volver de Ziuhuatenejo. Moor no se hablaba con los Williams.

Lee pidió una tetera de té. Moor se puso a hablar de Lil.

—Sabes, Lil comió queso allá. No quiere ir al médico. Una mañana se despertó ciega de un ojo y apenas veía con el otro. Pero no quería ir al médico. A los pocos días volvía a ver tan bien como siempre. Yo tenía la esperanza de que se quedara ciega.

Lee se dio cuenta de que Moor hablaba muy en serio. «Está loco», pensó.

Moor siguió hablando de Lil. Lil, naturalmente, se le había insinuado. Él había pagado más de lo que le tocaba de alquiler y de comida. Ella era una cocinera espantosa. Lo habían dejado allí enfermo. Cambió de tema: se puso a hablar de su salud.

—Te voy a mostrar el análisis de orina —dijo Moor con entusiasmo juvenil. Abrió una hoja de papel sobre la mesa. Lee la miró sin interés.

—Fíjate aquí. —Moor señaló con el dedo—. Urea trece. Lo normal es de quince a veintidós. ¿Crees que será algo grave?

—La verdad es que no lo sé.

—Y vestigios de azúcar. ¿Qué significa todo esto?

Para Moor el tema era sin duda de enorme interés.

—¿Por qué no se lo llevas a un médico?

—Ya lo hice. Dijo que tendría que hacerme un análisis de veinticuatro horas, es decir, tomar muestras de orina durante un período de veinticuatro horas, antes de poder expresar una opinión… Sabes, tengo un dolor sordo en el pecho, aquí. ¿Será tuberculosis?

—Que te hagan una radiografía.

—Ya fui. El médico me va a hacer una prueba de reacción cutánea. Ah, otra cosa. Creo que tengo fiebre intermitente… ¿Crees que ahora tengo fiebre?

Adelantó la frente para que Lee se la tocara. Lee le tocó el lóbulo de una oreja.

—No lo creo —dijo.

Moor siguió hablando y hablando, siguiendo la ruta circular del verdadero hipocondríaco hasta volver a la tuberculosis y el análisis de orina. Lee creía que nunca había oído nada tan tedioso y tan deprimente. Moor no tenía tuberculosis ni problemas de riñones ni fiebre intermitente. Su enfermedad era la muerte. Tenía la muerte en cada célula del cuerpo. Despedía un ligero y verdoso vapor de descomposición. Lee imaginaba que brillaba en la oscuridad.

Moor hablaba con entusiasmo juvenil.

—Creo que tengo que operarme.

Lee dijo que tenía que irse.

Lee dobló por Coahuila, caminando en línea recta, siempre rápido y resuelto, como si se estuviera alejando del lugar de un atraco. Pasó por delante de un grupo con uniforme de expatriados: camisa roja de cuadros fuera del pantalón, tejanos y barba, y otro grupo de jóvenes vestidos con ropa convencional aunque gastada. En este último Lee reconoció a un muchacho llamado Eugene Allerton. Allerton era alto y muy delgado, de pómulos salientes, boca pequeña de color rojo fuerte y ojos ambarinos que adquirían un leve tono violeta cuando estaba borracho. Su pelo rubio castaño estaba desigualmente descolorido por el sol, como si se hubiera hecho un teñido chapucero. Tenía las cejas negras y rectas y las pestañas negras. Un rostro ambiguo, muy joven, bien parecido y juvenil, que daba la sensación de estar maquillado: delicado y exótico y oriental. A Allerton nunca se lo veía demasiado arreglado ni limpio, pero él no lo consideraba sucio. Simplemente era despreocupado y perezoso hasta el extremo de parecer, a veces, medio dormido. A menudo no oía lo que alguien decía a medio metro de su oreja. «Supongo que será pelagra», pensó Lee con amargura. Saludó a Allerton con la cabeza y sonrió. Allerton saludó con la cabeza, como si lo hubieran sorprendido, y no sonrió.

Lee siguió caminando, un poco deprimido. «Quizá consiga algo por ese lado. Bueno, *a ver*…». Se quedó inmóvil ante un restaurante, como un perro de caza. «Hambre…, es más rápido comer aquí que comprar algo y cocinarlo». Cuando Lee tenía hambre, cuando quería un trago o una inyección de morfina, la demora era insoportable.

Entró, pidió un filete *a la mexicana* y un vaso de leche, y esperó mientras se le hacía la boca agua. Un joven de cara redonda y boca suelta entró en el restaurante.

—Hola, Horace —dijo Lee con voz clara. Horace saludó con la cabeza, sin hablar, y se sentó lo más lejos que pudo de Lee en el pequeño restaurante. Lee sonrió. Llegó su plato y comió con rapidez, como un animal, metiendo pan y carne en la boca y empujando todo con tragos de leche. Se recostó en la silla y encendió un cigarrillo.

—*Un café solo* —pidió a la camarera cuando la vio pasar por delante llevando un helado de piña a dos jóvenes mexicanos vestidos con chaqueta cruzada a rayas. Uno de los mexicanos tenía ojos saltones, marrones y húmedos, y un bigote raquítico de grasientos pelos negros. Miró abiertamente a Lee, y Lee apartó la mirada. «Ten cuidado» pensó, «o vendrá a preguntarte si te gusta México». Dejó caer el cigarrillo a medio fumar en un centímetro de café frío, fue hasta el mostrador, pagó la cuenta y salió del restaurante antes de que el mexicano pudiera articular la primera frase. Cuando Lee decidía irse de algún sitio, lo hacía repentinamente.

El Ship Ahoy tenía unos falsos faroles de viento que le daban cierta atmósfera náutica. Dos pequeñas salas con mesas, en una de ellas la barra y cuatro taburetes altos y precarios. Siempre estaba mal iluminado, con aspecto siniestro. Los clientes eran tolerantes, pero nada bohemios. El grupo de barbudos no frecuentaba nunca el Ship Ahoy. Ese lugar vivía del tiempo prestado, sin permiso para vender bebidas alcohólicas, con muchos cambios de administración. En ese momento lo llevaban un norteamericano llamado Tom Weston y un mexicano nacido en los Estados Unidos.

Lee fue directamente a la barra y pidió una copa. La bebió de un trago y pidió otra antes de mirar alrededor a ver si Allerton estaba allí. Allerton estaba solo sentado a una mesa, echado hacia atrás en la silla con una pierna cruzada por encima de la otra, sosteniendo una botella de cerveza sobre la rodilla. Saludó a Lee con la cabeza. Lee trató de lograr una sonrisa a la vez amistosa e informal, calculada para mostrar interés sin forzar su corta relación. El resultado fue espantoso.

Cuando Lee se apartó para ensayar su majestuosa reverencia a la antigua, lo que le salió fue una mirada lasciva de pura lujuria, arrancada del dolor y el odio de su cuerpo necesitado y, al mismo tiempo, en doble exposición, la sonrisa de simpatía y confianza de un niño dulce espantosamente fuera de tiempo y lugar, mutilado y sin esperanza.

Allerton estaba horrorizado. «Quizá tenga alguna especie de tic», pensó. Decidió evitar todo contacto con Lee antes de que el hombre se volviera aún más desagradable. El efecto fue como de una conexión rota. Allerton no era frío ni hostil; para él era sencillamente como si Lee no estuviera allí. Lee lo miró con impotencia un momento y después se volvió hacia la barra, derrotado y vapuleado.

Lee terminó la segunda copa. Cuando volvió a mirar hacia las mesas, Allerton estaba jugando al ajedrez con Mary, una chica norteamericana de pelo teñido y muy maquillada que había entrado mientras tanto en el bar. «¿Para qué perder el tiempo aquí?», pensó Lee. Pagó las dos copas y salió.

Cogió un taxi hasta el Chimu Bar, que era un bar de maricas frecuentado por mexicanos, y pasó la noche con un chico mexicano que conoció allí.

En esa época los estudiantes becados por la Ley GI[2] frecuentaban Lolas durante el día y el Ship Ahoy por la noche. Lolas no era exactamente un bar. Era un pequeño tugurio donde vendían cerveza y bebidas refrescantes. Al entrar, a la izquierda de la puerta, había una caja de Coca-Cola llena de cerveza y bebidas refrescantes y hielo. Sobre un lado de la habitación, hasta la máquina de discos, había una hilera de taburetes metálicos forrados con cuero amarillo glaseado. Las mesas estaban dispuestas contra la pared frente a la barra. Los taburetes habían perdido hacía mucho tiempo las fundas de goma de las patas y producían un chillido horrible cuando la limpiadora las arrastraba para barrer. En el fondo había una cocina, donde un cocinero desaliñado freía todo en grasa rancia. Lolas no tenía pasado ni futuro. Era una sala de espera por donde pasaban ciertas personas en ciertos momentos.

Varios días después de su ligue en el Chimu, Lee estaba sentado en el Lolas, leyendo en voz alta *Ultimas Noticias* a Jim Cochan. Había un artículo sobre un hombre que había matado a la mujer y a los hijos. Cochan miraba alrededor buscando la manera de huir, pero cada vez que empezaba a irse, Lee lo retenía con: «Mira esto… "Cuando su mujer volvió del mercado, su marido, ya borracho, blandía la 45". ¿Por qué siempre tendrán que blandirla?».

Lee leyó un rato en voz baja. Cochan se movía inquieto en la silla.

—Dios mío —dijo Lee, levantando la mirada—. Después de matar a la mujer y a los tres niños, coge una navaja de afeitar y monta un número suicida. —Volvió a concentrarse en el periódico—. «Pero sólo se produjo unos rasguños que no requirieron atención médica». ¡Qué chapucero! —Pasó la página y empezó a leer los titulares en voz alta—: Cortan la mantequilla con vaselina. Muy bien. Langosta con vaselina derretida. Aquí hay un hombre que fue sorprendido en su puesto de tacos con un perro regañado…, un gran sabueso largo y flaco. Hay una foto de ese hombre posando delante de su puesto de tacos con el perro… Un ciudadano le pidió fuego a otro. Como el segundo no tenía cerillas, el primero saca un punzón y lo mata. En México el asesinato es la manía nacional.

Cochan se levantó. Lee lo imitó instantáneamente.

—Pon ese culo en la silla, o lo que queda de él después de cuatro años en la Marina —dijo.

—Tengo que irme.

—¿Qué eres? ¿Un marido dominado?

—Hablo en serio. He estado saliendo mucho últimamente. Mi mujer…

Lee no escuchaba. Acaba de ver a Allerton, que había pasado por delante de la puerta y mirado. Allerton no había saludado; después de una pausa momentánea había seguido caminando. «Yo estaba en la sombra» pensó Lee. «No me ha podido ver desde la puerta». Lee no se dio cuenta de que Cochan acababa de irse.

Siguiendo un repentino impulso, corrió a la puerta. Allerton estaba a media calle

de distancia. Lo alcanzó. Allerton se volvió, enarcó las cejas, que eran rectas y negras como rayas de tinta. Parecía sorprendido y un poco alarmado, ya que dudaba de la cordura de Lee. Lee improvisó con desesperación.

—Sólo quería decirte que Mary ha estado en Lolas hace un rato. Me ha pedido que te dijera que estaría en el Ship Ahoy más tarde, a eso de las cinco.

Eso era cierto en parte. Mary había estado allí y le había preguntado a Lee si había visto a Allerton.

Allerton sintió alivio.

—Ah, gracias —dijo, bastante cordial ahora—. ¿Vendrás esta noche?

—Sí, creo que sí.

Lee asintió con la cabeza, sonrió y dio media vuelta rápidamente.

Lee salió del apartamento rumbo al Ship Ahoy poco antes de las cinco. Allerton estaba sentado a la barra. Lee se sentó y pidió una copa, después se volvió hacia Allerton y lo saludó de manera informal, como si tuvieran una relación de confianza y amistad. Allerton devolvió el saludo automáticamente antes de darse cuenta de que Lee había impuesto de algún modo una relación de familiaridad, mientras que él ya había decidido tener lo menos posible que ver con Lee. Allerton era muy bueno para ignorar a las personas, pero poco competente para desplazar a alguien de una posición ya ocupada.

Lee empezó a hablar en tono informal, sencillo, secamente humorístico. Poco a poco fue disipando en Allerton la impresión de que era un personaje raro e indeseable. Cuando llegó Mary, Lee la saludó alegremente, con una reverencia; después se excusó y los dejó jugar al ajedrez.

—¿Quién es? —preguntó Mary cuando Lee hubo salido.

—No tengo la menor idea —dijo Allerton. ¿Había conocido a Lee alguna vez? No estaba seguro. Entre los estudiantes GI no se estilaban las presentaciones formales. ¿Lee sería estudiante? Allerton nunca lo había visto en la escuela. No tenía nada de particular hablar con alguien a quien uno no conocía, pero Lee ponía a Allerton en guardia. El hombre le resultaba de algún modo conocido. Cuando hablaba, Lee parecía transmitir algo más que lo que decían sus palabras. Un énfasis especial en una palabra o en un saludo daba a entender un período de familiaridad en algún otro tiempo y lugar. Como si Lee dijera: «Sabes a qué me refiero. Lo recuerdas».

Allerton se encogió de hombros con irritación y empezó a ordenar las piezas de ajedrez en la mesa. Parecía un niño hosco, incapaz de localizar la fuente de su malhumor. Después de unos minutos recuperó su tradicional serenidad y empezó a tararear.

Pasaba de la medianoche cuando Lee volvió al Ship Ahoy. Había un hervidero de borrachos junto a la barra, hablando como si todos los demás fueran sordos. Allerton estaba en el borde de ese grupo y aparentemente no lograba hacerse oír. Saludó calurosamente a Lee, se abrió paso hasta la barra y apareció con dos rones con Coca-Cola.

—Sentémonos aquí —dijo.

Allerton estaba borracho. Sus ojos habían adquirido un leve tinte violeta y tenía las pupilas muy dilatadas. Hablaba muy rápido con voz alta y fina, la inquietante e incorpórea voz de un niño pequeño. Lee nunca había oído a Allerton hablar de esa manera. Era como la voz de un médium poseído. El niño tenía una alegría y una inocencia inhumanas.

Allerton estaba contando una historia sobre su experiencia con el Cuerpo de Contraespionaje en Alemania. Un informante había estado dando datos pésimos al departamento.

—¿Cómo verificabais la exactitud de la información? —preguntó Lee—. ¿Cómo sabíais que el noventa por ciento de lo que contaban vuestros informantes no era inventado?

—En realidad no lo hacíamos, y nos vimos metidos en una serie de problemas. Por supuesto, cotejábamos toda la información con otros informantes, y teníamos a nuestros propios agentes trabajando. La mayoría de nuestros informantes nos daban alguna información falsa, pero ese personaje la inventaba toda. Llevó a nuestros agentes a buscar toda una red ficticia de espías rusos. Finalmente llegó el informe de Frankfurt: todo era mentira. Pero en vez de irse de la ciudad antes de que la información pudiera ser verificada, regresó con más. A esas alturas ya estábamos hartos de todas sus sandeces. Así que lo encerramos con llave en un sótano. La habitación era muy fría e incómoda, pero más no podíamos hacer. Teníamos que tratar a los prisioneros con mucho cuidado. Ese hombre no paraba de mecanografiar confesiones, cosas enormes.

Era evidente que a Allerton le encantaba la historia, y no dejaba de reír mientras hablaba. Lee estaba impresionado por esa combinación de inteligencia y encanto infantil. Allerton era ahora amistoso, sin reservas o defensas, como un niño al que nunca han herido. Estaba contando otra historia.

Lee miró las manos delgadas, los hermosos ojos de color violeta, el rubor de excitación en la cara de niño. Una mano imaginaria se proyectó con tanta fuerza que costaba creer que Allerton no sintiera la caricia de unos dedos de ectoplasma en la oreja, el roce de unos ilusorios pulgares alisándole las cejas, apartándole el pelo de la cara. Ahora las manos de Lee recorrían las costillas, el estómago. Lee sentía la punzada del deseo en los pulmones. Tenía la boca entreabierta, mostrando los dientes mientras ensayaba el gruñido de un animal perplejo. Se relamió los labios.

A Lee no le gustaba la frustración. Las limitaciones de sus deseos eran como los barrotes de una jaula, como una cadena y un collar, algo que había aprendido como aprende un animal, a lo largo de días y años de sufrir los rigores de la cadena, los rígidos barrotes. Nunca se había resignado, y sus ojos miraban entre los barrotes invisibles, vigilantes, atentos, esperando a que el guardián se olvidara de la puerta, a que el collar se desgastara, a que se aflojara algún barrote… sufriendo sin desesperación y sin darse por vencido.

—Fui hasta la puerta y allí estaba él con una rama en la boca —decía Allerton.

Lee no había estado escuchando.

—Una rama en la boca —dijo Lee, y entonces, estúpidamente, añadió—: ¿Una rama grande?

—De algo menos de un metro. Lo mandé al demonio y después, a los pocos minutos, apareció en la ventana. Así que le arrojé una silla, y el hombre saltó del balcón al patio. Unos seis metros. Era muy ágil. Casi inhumano. Era algo muy raro, por eso le tiré la silla. Yo estaba asustado. Todos creimos que estaba actuando para abandonar el ejército.

—¿Qué aspecto tenía? —preguntó Lee.

—¿Aspecto? No recuerdo gran cosa. Andaba por los dieciocho años. Parecía un chico guapo. Le tiramos un cubo de agua fría y lo dejamos abajo, en un catre. Se puso a dar vueltas por allí pero no dijo nada. Todos llegamos a la conclusión de que aquél era un castigo apropiado. Creo que al día siguiente lo llevaron al hospital.

—¿Pulmonía?

—No lo sé. Quizá no tendríamos que haberle tirado agua.

Lee dejó a Allerton a la puerta de su edificio.

—¿Te quedas aquí? —preguntó Lee.

—Sí, tengo aquí una cama.

Lee le deseó buenas noches y se fue caminando a casa.

Después de eso, Lee se encontraba con Allerton todos los días a las cinco en el Ship Ahoy. Allerton estaba acostumbrado a escoger a sus amigos entre personas mayores que él, y esperaba con ilusión cada encuentro con Lee. Lee conversaba de cosas que Allerton nunca había oído. Pero a veces se sentía oprimido por Lee, como si la presencia de Lee excluyera todo lo demás. Creía que estaba viendo demasiado a Lee. A Allerton no le gustaban los compromisos, y nunca había estado enamorado ni tenido un amigo íntimo. Ahora se veía obligado a preguntarse: «¿Qué quiere él de mí?». No se le ocurría pensar que Lee era marica, pues asociaba la homosexualidad con por lo menos cierto grado de afeminamiento declarado. Finalmente llegó a la conclusión de que Lee lo valoraba como público.

3

Era una bonita y clara tarde de abril. A las cinco en punto Lee entró en el Ship Ahoy. Allerton estaba en la barra con Al Hyman, alcohólico periódico y uno de los borrachos más repugnantes, estúpidos y aburridos que Lee había conocido. Por otra parte, cuando estaba sobrio era inteligente y sencillo y bastante agradable. Ahora estaba sobrio.

Lee llevaba una bufanda amarilla alrededor del cuello y un par de gafas oscuras de dos pesos. Se quitó la bufanda y las gafas oscuras y puso todo sobre la barra.

—Un día duro en el estudio —dijo con afectado tono teatral. Pidió un ron con Coca-Cola—. Parece que vamos a conseguir un pozo de petróleo. Ahora están perforando en el cuadrángulo cuatro, y desde esa plataforma casi podrías escupir sobre Tex-Mex, donde tengo mi algodonal de cuarenta hectáreas.

—Yo siempre quise ser un petrolero —dijo Hyman.

Lee lo miró de arriba abajo y dijo que no con la cabeza.

—Creo que no podrás. No todo el mundo tiene condiciones. Para eso hace falta vocación. Ante todo hay que tener aspecto de petrolero. No hay petroleros jóvenes. Un petrolero necesita tener por lo menos cincuenta años. Con piel agrietada y arrugada como barro reseco por el sol, sobre todo con la nuca arrugada, y las arrugas están casi siempre llenas de polvo de mirar cuadrángulos. Lleva unos pantalones anchos de gabardina y una camisa blanca de sport de manga corta. Un polvo fino le cubre los zapatos y una ligera neblina de polvo lo sigue a todas partes como una tormenta de polvo personal.

«Supongamos que tienes la vocación y la apariencia correcta. Vas por ahí suscribiendo arrendamientos. Tienes a cinco o seis personas haciendo cola para arrendarte la tierra y dejar que hagas perforaciones en ella. Vas al banco y hablas con el presidente:

»—Clem Larris, hombre bueno si los hay en este valle, y además listo, está metido en esto hasta los cojones, y el viejo Scranton y Fred Crockly y Roy Spigot y Ted Bane, todos buenos chicos. Ahora quiero mostrarte algunos hechos. Podría quedarme aquí hablando toda la mañana, usando tu tiempo, pero sé que eres un hombre acostumbrado a ocuparse de hechos y números y exactamente para enseñarte eso estoy aquí.

»Sale y va hasta el coche, siempre un cupé o un descapotable, pues nunca he visto a un petrolero en un sedán, y mete la mano en el asiento trasero y saca los mapas, un

enorme manojo de mapas grandes como alfombras. Los despliega sobre el escritorio del presidente del banco y unas grandes nubes de polvo primaveral brotan de los mapas y llenan el banco.

»—¿Ves este cuadrángulo? Es Tex-Mex. Después, aquí, una falla atraviesa las tierras de Jed Marvin. También vi al viejo Jed el otro día, cuando yo andaba por allí, un buen muchacho. No hay mejor hombre en este valle que Jed Marvin. Ahora mira, Socony perforó exactamente aquí.

«Despliega más mapas. Acerca otro escritorio y ancla los mapas con las escupideras.

»—Bueno, el agujero que hicieron estaba seco, y este mapa… (Despliega otro). Ahora, si tienes la bondad de sentarte sobre el otro extremo para que no vuelva a enrollarse, te enseñaré exactamente por qué el agujero estaba seco y por qué nunca tendrían que haber probado allí, en primer lugar porque, como puedes ver con claridad, la falla se extiende entre el pozo artesiano de Jed y la línea de Tex-Mex en el cuadrángulo cuatro. Esa parcela fue examinada por última vez en 1922. Supongo que tú conoces al que hizo el trabajo. Se llamaba Earl Hoot y también era un buen chico. Vivía en Nacogdoches, pero su yerno tenía una finca por aquí, la vieja casa de los Brook al norte de Tex-Mex, al otro lado de la línea de…

»A esas alturas el presidente está atontado por el aburrimiento y el polvo se le está asentando en los pulmones (los petroleros son constitucionalmente inmunes a los efectos del polvo), así que dice:

»—Bueno, si a esos muchachos les sirve, me sirve a mí. Tienes mi apoyo.

«Entonces el petrolero va y ensaya el mismo número con sus candidatos. Después trae a un geólogo de Dallas o de algún sitio parecido, que dice algunas cosas incomprensibles sobre las fallas y las filtraciones y las intrusiones y el esquisto y la arena, y elige un sitio, más o menos al azar, para iniciar la perforación.

»Y el perforador. Tiene que ser un sujeto realmente bullicioso. Lo buscan en Boy’s Town, el barrio de putas en los pueblos fronterizos, y lo encuentran en una habitación llena de botellas vacías con tres putas. Le rompen una botella en la cabeza y lo sacan a rastras y le quitan la borrachera, y el hombre mira el sitio donde van a hacer la perforación y dice:

»—Bueno, el agujero es vuestro.

»Si resulta que se trata de un pozo seco, el petrolero dice:

»—Bueno, así son las cosas. Algunos agujeros están lubricados y otros están tan secos como el coño de una puta el domingo por la mañana.

»Había un petrolero a quien llamaban Agujero Seco Dutton (está bien, Allerton, nada de chistes relacionados con la vaselina) que hizo veinte agujeros secos antes de curarse. Eso, en la picante jerga del mundo del petróleo, significa “hacerse rico”.

Entró Joe Guidry y Lee apartó el taburete para estrecharle la mano. Esperaba que Joe sacase el tema de la homosexualidad para poder medir la reacción de Allerton. Creía que había llegado la hora de decirle a Allerton cómo eran las cosas y no seguir

haciendo todo con tanta calma.

Se sentaron a una mesa. Alguien había robado a Guidry la radio, las botas de montar y el reloj de pulsera.

—El problema —dijo Guidry— es que el tipo que me roba me gusta.

—Tu error es llevarlos a tu apartamento —dijo Lee—. Para eso están los hoteles.

—Tienes razón. Pero la mitad de las veces no tengo dinero para un hotel. Además, me gusta tener a alguien cerca que haga el desayuno y barra el sitio.

—Que *limpie* el sitio.

—No me importa el reloj, y tampoco la radio. Lo que de veras me duele son esas botas. Eran una cosa bella y una alegría eterna. —Guidry se inclinó hacia adelante y echó una mirada a Allerton—. No sé si debo decir estas cosas delante del joven. No quiero ofenderte, muchacho.

—Puedes hablar —dijo Allerton.

—¿Os conté cómo me tiré al policía que hacía la ronda? El *vigilante* que cuida la zona donde yo vivo. Cada vez que ve luz en mi habitación, entra a tomar un trago de ron. Bueno, hace unas cinco noches me sorprendió cuando estaba borracho y caliente y una cosa llevó a otra y terminé enseñándole cómo hacía la vaca para comer la col…

»La noche siguiente hice como que pasaba por casualidad por delante de la cervecería de la esquina y sale él borracho y dice: “Toma algo”. Yo le dije: “No quiero tomar nada”. Entonces saca la *pistola* y dice: “Toma algo”. Procedí a quitarle la *pistola* y él entonces entra en la cervecería a llamar por teléfono para pedir refuerzos. Así que tuve que entrar y arrancar el teléfono de la pared. Ahora me hacen pagar la factura. Cuando regresé a mi habitación, que está en la planta baja, el policía había escrito *El Puto Gringo* con jabón en la ventana. Así que en vez de borrarlo con un trapo lo dejé allí. La propaganda siempre ayuda.

Seguían llegando las bebidas. Allerton fue al retrete y al volver se metió en una conversación en la barra. Guidry acusaba a Hyman de ser marica y fingir no serlo. Lee trataba de explicarle a Guidry que Hyman no era realmente marica, y Guidry le dijo: «Él es marica y tú no, Lee. Tú finges ser marica para participar en el espectáculo».

—¿A quién le interesa participar en tu viejo y cansado espectáculo? —dijo Lee. Vio a Allerton en la barra hablando con John Dumé. Dumé pertenecía a una pequeña pandilla de homosexuales que tenían su cuartel general en una cervecería de Campeche llamada The Green Lantern. El propio Dumé no era un evidente homosexual, pero los demás clientes del Green Lantern eran unas maricas escandalosas que tenían prohibida la entrada en el Ship Ahoy.

Lee fue hasta la barra y se puso a hablar con el camarero. «Ojalá Dumé le cuente lo mío», pensó. Lee se sentía violento en los momentos dramáticos en que tenía que hacer alguna confesión, y conocía por experiencia las dificultades que tenía a la hora de hacer una insinuación casual: «A propósito, sabrás que soy marica». Aveces no oyen bien y gritan: «¿Qué?». O tú dices al pasar: «Si fueras tan marica como yo». El

otro bosteza y cambia de tema, y tú no sabes si ha entendido o no.

El camarero estaba diciendo:

—Ella me pregunta por qué bebo. ¿Qué puedo decirle? No sé por qué. ¿Por qué eres drogadicto? ¿Tú sabes por qué? No hay ninguna respuesta, pero intenta explicárselo a alguien como Jerri. Trata de explicárselo a cualquier mujer. —Lee asintió, comprensivo—. Ella me dice: ¿Por qué no duermes más y comes mejor? Ella no entiende y yo no se lo puedo explicar. Nadie lo puede explicar.

El camarero se alejó para atender a algunos clientes. Dumé se acercó a Lee.

—¿Qué te parece ese personaje? —dijo, señalando a Allerton con un movimiento de la botella de cerveza. Allerton estaba al otro lado de la habitación hablando con Mary y con un jugador de ajedrez peruano—. Se me acerca y dice: «Pensé que eras uno de los muchachos del Green Lantern», así que le respondí: «Pues sí lo soy». Allerton quiere que lo lleve por ahí a conocer algunos de los lugares gay.

Lee y Allerton fueron a ver *Orfeo* de Cocteau. En el oscuro teatro Lee sentía cómo su cuerpo tiraba hacia Allerton, una proyección protoplásmica ameboide, intentando con ansia ciega de gusano penetrar en el cuerpo del otro, respirar con sus pulmones, ver con sus ojos, saber qué sentía con sus vísceras y sus genitales. Allerton cambiaba de postura en el asiento. Lee sentía una punzada aguda, una tensión o una dislocación del espíritu. Le dolían los ojos. Se quitó las gafas y se pasó la mano por los ojos cerrados.

Cuando salieron del teatro Lee se sentía exhausto. Se movía con torpeza y chocaba contra las cosas. Le salía una voz monótona a causa de la tensión. De vez en cuando se llevaba la mano a la cabeza, en un torpe e involuntario gesto de dolor.

—Necesito tomar algo —dijo, y señaló un bar al otro lado de la calle—. Allí —dijo.

Se sentó en un reservado y pidió un tequila doble. Allerton pidió ron con Coca-Cola. Lee bebió el tequila de un trago, prestando atención al efecto sobre su propio cuerpo. Pidió otro.

—¿Qué te ha parecido la película? —preguntó Lee.

—Algunas partes me han gustado.

—Sí. —Lee asintió con la cabeza, frunciendo los labios y mirando la copa vacía—. A mí también. —Pronunció las palabras con mucho cuidado, como un maestro de dicción.

—Siempre obtiene efectos interesantes. —Lee se rió. La euforia le empezaba a brotar del estómago. Bebió el segundo tequila—. Lo interesante de Cocteau es su habilidad para dar vida al mito en un sentido moderno.

—Creo que tienes razón —dijo Allerton.

Fueron a cenar a un restaurante ruso. Lee ojeó el menú.

—Por cierto —dijo—, la ley volvió a pedir la mordida en el Ship Ahoy. La brigada antivicio. Doscientos pesos. Me los imagino en la comisaría después de un día duro extorsionando a ciudadanos del Distrito Federal. Un policía dice:

»—Ah, González, tendrías que ver lo que he conseguido hoy. ¡Qué mordida!

»—Vamos, lo que has hecho ha sido quitarle dos *pesetas* a un *puto* en el retrete de una estación de autobuses. Te conocemos, Hernández, y conocemos tus sucios trucos. Tú eres el policía más marrullero del Distrito Federal.

Lee llamó por señas al camarero.

—Eh, Jack. *Dos* martinis, muy secos. *Secos. Y dos* platos de Sheeshka Babe. *¿Sabe?*

El camarero dijo que sí con la cabeza.

—Dos martinis secos y dos pinchos morunos. ¿Es así, caballeros?

—Perfecto, papá… Ahora cuéntame cómo fue tu noche con Dumé.

—Fuimos a varios bares llenos de maricas. En un sitio un tío me invitó a bailar y me invitó a la cama.

—¿Aceptaste?

—No.

—Dumé es muy simpático.

Allerton sonrió.

—Sí, pero no es una persona en la que yo confiaría demasiado. Me refiero a cosas personales que uno quiere mantener en reserva.

—¿Te refieres a una indiscreción en particular?

—Francamente, sí.

—Entiendo. —Lee se quedó pensando: «Dumé nunca se equivoca».

El camarero puso dos martinis sobre la mesa. Lee acercó su martini a la vela, mirándolo con desagrado.

—El inevitable martini aguado con una aceituna en descomposición —dijo.

Lee compró un décimo de lotería a un niño de unos diez años que se había apresurado a entrar cuando el camarero fue a la cocina. El crío iba explotando el truco del último décimo. Lee le pagó generosamente, como un norteamericano borracho.

—Ve a comprarte un poco de marihuana, hijo —dijo. El niño sonrió y dio media vuelta para irse—. Vuelve dentro de cinco años y gánate fácilmente diez pesos —le gritó Lee mientras el niño salía.

Allerton sonrió. «Gracias a Dios», pensó Lee, «no tendré que lidiar con la moral burguesa».

—Aquí tiene, señor —dijo el camarero dejando el pincho moruno en la mesa.

Lee pidió dos copas de vino tinto.

—¿Así que Dumé te habló de mis… tendencias? —dijo de repente.

—Sí —dijo Allerton con la boca llena.

—Una maldición. La lleva nuestra familia desde hace varias generaciones. Los Lee siempre han sido pervertidos. Nunca olvidaré el indecible horror que me congeló la linfa de las glándulas, de las glándulas linfáticas, se entiende, cuando la nefasta palabra me quemó el tambaleante cerebro: yo era homosexual. Pensé en los travestís pintarrajeados, con sonrisas bobaliconas, que había visto en un club nocturno de Baltimore. ¿Era posible que yo fuera una de esas cosas subhumanas? Caminé aturdido por las calles, como un hombre con una leve conmoción cerebral: un momento, doctor Kildare, éste no es su guión. Yo me podría haber destruido, poniendo fin a una existencia que sólo parecía ofrecer atroz sufrimiento y humillación. Más noble, pensé, sería morir como hombre que seguir viviendo como monstruo sexual. Fue una vieja y sabia marica, a quien llamábamos Bobo, quien me enseñó que tenía el deber de vivir y llevar orgullosamente mi yugo, a la vista de todo el mundo, para vencer los prejuicios y la ignorancia y el odio con el conocimiento y la sinceridad y el amor. Cada vez que una presencia hostil te amenaza, sueltas una espesa nube de amor como la nube de tinta que suelta el pulpo.

»La pobre Bobo acabó mal. Iba en el Hispano-Suiza de Duc de Ventre cuando sus colgantes hemorroides saltaron del coche y se enrollaron en la rueda trasera. Fue totalmente destripado: sólo quedó una cáscara vacía sentada allí en el tapizado de piel de jirafa. Hasta había perdido los ojos y el cerebro con un horrible ruido de succión. El Duc dice que llevará consigo ese espantoso ruido al mausoleo…

»Entonces supe lo que era la soledad. Pero las palabras de Bobo me llegaban desde la tumba, con un dulce chisporroteo sibilante. “Nadie está verdaderamente solo. Tú eres parte de todo lo vivo”. Lo difícil es convencer a alguien de que realmente forma parte de ti. ¿Y entonces? Las partes tendríamos que colaborar. ¿Me entiendes?

Lee hizo una pausa, mirando a Allerton especulativamente. «¿Qué lugar ocuparé para el chico?», se preguntó. Allerton había escuchado cortésmente, sonriendo de vez en cuando.

—Lo que quiero decir, Allerton, es que todos somos parte de un enorme todo. Es inútil oponerse. —Lee empezaba a cansarse de la cantinela. Miró nerviosamente alrededor buscando la manera de ponerle fin—. Estos bares de gays ¿no te deprimen? Por supuesto, los bares de maricas de aquí no pueden compararse con los sitios de maricas de los Estados Unidos.

—No lo sé —dijo Allerton—. Nunca he estado en sitios de maricas, fuera de aquellos a los que me llevó Dumé. Supongo que habrá de todo.

—¿De veras no has ido a más?

—No, nunca.

Lee pagó la cuenta y salieron a la noche fresca. En el cielo había una luna creciente, clara y verde. Caminaron sin rumbo fijo.

—¿Vamos a mi apartamento a tomar una copa? Tengo un poco de *brandy* Napoleón.

—Bueno —dijo Allerton.

—Es un *brandy* muy humilde, nada que ver con esa melaza turística con obvios efectos de aromatizantes que tanto atrae al gusto masivo. Mi *brandy* no necesita recurrir a trucos de mala calidad para impresionar y coaccionar el paladar. Vamos.

Lee llamó un taxi.

—Tres pesos hasta Insurgentes y Monterrey —dijo Lee al conductor en su atroz español. El conductor dijo cuatro. Lee indicó por señas que siguiera. El conductor masculló algo y abrió la puerta.

Dentro, Lee se volvió hacia Allerton.

—Es evidente que el hombre alberga pensamientos subversivos. Cuando yo estaba en Princeton, la moda era el comunismo. Si tu meta era acomodarte en la sociedad, quedabas señalado como patán estúpido o como sospechoso de ser un pederasta episcopaliano. Pero me mantuve firme contra la infección… del comunismo, claro.

—*Aquí*. —Lee le dio tres pesos al conductor, que masculló algo más y arrancó haciendo un tremendo ruido.

—Aveces pienso que no les caemos simpáticos —dijo Allerton.

—La antipatía de los demás me tiene sin cuidado —dijo Lee. La cuestión es ¿qué pueden hacer? Aparentemente nada por ahora. No tienen luz verde. Ese conductor, por ejemplo, odia a los gringos. Pero si mata a alguien, cosa que probablemente hará, no será a un norteamericano. Será a otro mexicano. Quizá a su mejor amigo. Los amigos son menos aterradores que los desconocidos.

Lee abrió la puerta de su apartamento y encendió la luz. El apartamento estaba invadido por un desorden aparentemente irreparable. De vez en cuando se veía algún esfuerzo inútil por poner las cosas en pilas. No había nada que diera un toque acogedor a la habitación. Ni cuadros ni adornos. Estaba claro que ninguno de los muebles era suyo. Pero la presencia de Lee impregnaba el apartamento. Inmediatamente se reconocía que un abrigo sobre el respaldo de una silla y un sombrero sobre la mesa pertenecían a Lee.

—Te prepararé un trago. —Lee sacó dos vasos de agua de la cocina y sirvió en cada uno cinco centímetros de *brandy* mexicano.

Allerton probó el *brandy*.

—Dios mío —dijo—. Napoleón debió de orinar en esto.

—Me lo temía. Un paladar ignorante. Tu generación nunca ha aprendido los placeres que un paladar educado confiere a una minoría disciplinada.

Lee tomó un largo trago del *brandy*. Intentó proferir una exclamación de éxtasis, inhaló un poco los gases y empezó a toser.

—Es espantoso —dijo cuando recuperó el habla—. De todos modos es mejor que el *brandy* de California. Tiene un regusto a coñac.

Hubo un largo silencio. Allerton estaba recostado con la cabeza apoyada en el sofá. Tenía los ojos entornados.

—¿Puedo enseñarte la casa? —dijo Lee, poniéndose de pie—. Aquí tenemos el dormitorio.

Allerton se levantó despacio. Entraron en el dormitorio, y Allerton se acostó en la cama y encendió un cigarrillo. Lee se sentó en la única silla.

—¿Más *brandy*? —preguntó Lee. Allerton dijo que sí con la cabeza. Lee se sentó en el borde de la cama, le llenó el vaso y se lo dio. Lee tocó el suéter—. Qué bonito —dijo—. Esto no lo han hecho en México.

—Lo compré en Escocia —dijo Allerton. Tuvo otro violento ataque de hipo y se levantó y corrió al cuarto de baño.

Lee se quedó en la puerta.

—Qué lástima —dijo—. ¿Qué te habrá pasado? No has bebido mucho. —Llenó un vaso de agua y se lo dio a Allerton—. ¿Estás bien ahora? —preguntó.

—Sí, creo que sí. —Allerton volvió a acostarse en la cama.

Lee alargó una mano y tocó la oreja de Allerton y le acarició el lado de la cara. Allerton levantó una mano y cubrió con ella la de Lee y la apretó.

—Quitemos ese suéter.

—Muy bien —dijo Allerton. Se quitó el suéter y después volvió a acostarse.

Lee se quitó los zapatos y la camisa. Abrió la camisa de Allerton y metió la mano y fue bajando con ella por las costillas y el estómago de Allerton, que se contrajo al contacto con los dedos.

—Dios mío, qué delgado estás —dijo.

—Soy muy pequeño.

Lee le quitó los zapatos y los calcetines a Allerton. Le aflojó el cinturón y le desabotonó los pantalones. Allerton arqueó el cuerpo y Lee le quitó los pantalones y los calzoncillos. Dejó caer sus propios pantalones y calzoncillos y se acostó al lado de Allerton. Allerton respondió sin hostilidad y sin asco, pero en sus ojos Lee vio una curiosa distancia, la calma impersonal de un animal o de un niño.

Más tarde, mientras yacían ambos boca arriba fumando, Lee dijo:

—Oh, a propósito, has dicho que tenías una cámara empeñada y estabas a punto de perderla.

A Lee se le ocurrió que no era el mejor momento para sacar el tema, pero decidió que el otro no era el tipo de persona que se ofendía.

—Sí. Por cuatrocientos pesos. Vence el próximo miércoles.

—Bueno, pasemos por allí mañana y rescatémosla.

Allerton levantó de la sábana un hombro desnudo.

—De acuerdo —dijo.

4

La noche del viernes Allerton fue a trabajar. Sustituía a su compañero de habitación como corrector de pruebas para un periódico en inglés.

La noche de sábado Lee se encontró con Allerton en el Cuba, un bar que por dentro parecía el escenario para un *ballet* surrealista. Las paredes estaban cubiertas de murales que representaban escenas submarinas. Sirenas y tritones entre complicados arreglos con peces de colores miraban fijamente a los clientes con idénticas expresiones pétreas de patética consternación. Hasta a los peces se les había conferido un aire de inútil preocupación. El efecto era inquietante, como si aquellos seres andróginos se asustaran de algo que había detrás o a un lado de los clientes, a quienes incomodaba aquella insinuada presencia. La mayoría se apartaba de allí.

Allerton estaba algo hosco y Lee se sintió deprimido e incómodo hasta que se hubo tomado dos martinis.

—Mira, Allerton… —dijo después de un largo silencio. Allerton tarareaba por lo bajo, tamborileando en la mesa y mirando nervioso alrededor. Entonces dejó de tararear y enarcó una ceja.

«Este gamberro se está pasando de rosca», pensó Lee. Sabía que no tenía manera de castigarlo por la indiferencia o la insolencia.

—En México tienen los sastres más incompetentes que he encontrado en toda mi experiencia de viajero. ¿Te has hecho algo aquí? —Lee miró de manera significativa la andrajosa ropa de Allerton. Era tan descuidado para la ropa como Lee—. Aparentemente, no. Por ejemplo, ese sastre que me hizo perder tanto tiempo. Un trabajo sencillo. Le llevé unos pantalones de confección. Nunca encontró el momento para arreglarlos. Los dos podríamos caber en esos pantalones.

—No quedaríamos muy bien —dijo Allerton.

—La gente pensaría que somos hermanos siameses. ¿Te he hablado alguna vez del gemelo siamés que denunció a su hermano para obligarlo a dejar la droga? Pero volvamos al sastre. Le llevé los pantalones con otro par. «Estos pantalones son demasiados voluminosos», dije. «Los quiero cosidos del mismo tamaño que estos otros». Él prometió hacer el trabajo en dos días. Eso fue hace más de dos meses. *«Mañana», «más tarde», «ahora», «ahorita»,* y cada vez que iba a recoger los pantalones, «*todavía no*». Ayer me repitió la cantinela hasta que no aguanté más. «Listos o no, deme los pantalones», le dije. Los pantalones estaban totalmente descosidos. «Dos meses y lo único que has hecho ha sido destriparme los

pantalones», le dije. Se los llevé a otro sastre y le pedí: «Cósalos». ¿Tienes hambre?

—La verdad es que sí.

—¿Qué te parece Pat’s Steak House?

—Buena idea.

Pat servía excelentes bistecs. A Lee le gustaba ese sitio porque nunca estaba abarrotado. Al llegar pidió un martini seco doble. Allerton tomó un ron con Coca-Cola. Lee se puso a hablar de la telepatía.

—Sé que la telepatía es un hecho porque yo mismo la he experimentado. No tengo interés en demostrarlo; de hecho, no tengo interés en demostrar nada a nadie. Lo único que me interesa es cómo usarla. En Sudamérica, en la cabecera del Amazonas, crece una planta llamada yage que supuestamente aumenta la sensibilidad telepática. La gente de medicina la usa en su trabajo. Un científico colombiano, cuyo nombre se me escapa, aisló del yage una droga que llamó telepatina. Leí todo esto en un artículo que encontré en una revista.

»Más tarde veo otro artículo: los rusos usan el yage en experimentos relacionados con el trabajo de los esclavos. Aparentemente quieren inducir estados de obediencia automática y finalmente, claro, controlar el pensamiento. Lo básico. Nada de peroratas ni de rollos, nada de rutinas; todo es cuestión de meterse en la psique de alguien y dar órdenes. Tengo la teoría de que los sacerdotes mayas desarrollaron una forma de telepatía en una sola dirección para embaucar a los campesinos y obligarlos a hacer todo el trabajo. Pero ese trato siempre termina por volverse en contra, porque la telepatía, por naturaleza, no es un sistema de sentido único, ni un sistema de emisor y receptor.

»A estas alturas los Estados Unidos están haciendo experimentos con el yage, a menos que sean más tontos de lo que creo. El yage puede ser un instrumento para utilizar la telepatía con fines prácticos. Todo lo que se puede lograr químicamente se puede lograr de otras formas.

Lee vio que Allerton no estaba muy interesado y cambió de tema.

—¿Has leído algo acerca del viejo judío que trató de pasar de contrabando diez libras de oro cosidas en el abrigo?

—No. ¿Cómo fue?

—Bueno, pescaron a ese viejo judío en el aeropuerto rumbo a Cuba. Oí que tienen una especie de buscador de minas en el aeropuerto que hace sonar una alarma si alguien atraviesa la puerta con una cantidad exagerada de metal encima. Dicen los periódicos que después de revisar a ese judío y de encontrar el oro se vio a una gran cantidad de extranjeros con cara de judíos mirando hacia la ventana del aeropuerto muy excitados. «¡Ay, gefilte fish! ¡Le están quitando todo a Abe!». En tiempos romanos los judíos se sublevaron (creo que fue en Jerusalén) y mataron a cincuenta mil romanos. Las judías (es decir, las jóvenes damas judías; tengo que cuidarme para

que no me acusen de antisemitismo) hicieron *striptease* con intestinos romanos.

«Hablando de intestinos. ¿Te he contado alguna vez algo sobre mi amigo Reggie? Uno de los héroes olvidados de la Inteligencia británica. Perdió el culo y tres metros de intestino grueso en el servicio. Vivió años disfrazado de chico árabe y en el cuartel general se lo conocía sólo como “Número 69”. Eso no era otra cosa que puras ilusiones, porque los árabes van en una sola orientación. Bueno, contrajo una rara enfermedad oriental y el pobre Reggie perdió la mayoría de la tripa. ¿Acaso por Dios y por la patria? No quería discursos ni medallas; saber que había cumplido con su deber le bastaba. Imaginemos todos esos años de paciencia, esperando a que encajara otra pieza del rompecabezas.

»Uno nunca se entera de la existencia de personas como Reggie, pero es su información, reunida con dolor y peligro, la que da a algún general de primera línea el plan para una brillante contraofensiva y la que le cubre el pecho de medallas. Por ejemplo, Reggie fue el primero en adivinar que el enemigo se estaba quedando sin gasolina cuando se le acabó la provisión de vaselina, y ése fue sólo uno de sus brillantes golpes. ¿Qué te parece si pedimos una chuleta para dos?

—Muy bien.

—¿Poco hecha?

—Sí, poco hecha.

Lee estaba mirando la carta.

—Tienen Alaska cocida —dijo—. ¿La has probado alguna vez?

—No.

—Es muy buena. Caliente por fuera y fría por dentro.

—Supongo que por eso la llaman Alaska cocida.

—Tengo una idea para un nuevo plato. Coge un cerdo vivo y tíralo en un horno muy caliente para que el cerdo se tueste por fuera y cuando lo cortes esté todavía vivo y moviéndose por dentro. O, para dramatizar un poco más, un cerdo cubierto de *brandy* ardiente sale corriendo y chillando de la cocina y muere a los pies de tu silla. Estiras la mano y arrancas las crujientes y crepitantes orejas y te las comes con el cóctel.

Fuera, una bruma violeta cubría la ciudad. Un cálido viento de primavera soplaba entre los árboles del parque, que atravesaron volviendo al piso de Lee, deteniéndose de vez en cuando para apoyarse uno en el otro, débiles de tanto reír. Un mexicano dijo «*Cabrones*» mientras pasaba a su lado. Lee le gritó «*Chinga a tu madre*» y después añadió en inglés: «Vengo a tu país de mala muerte y me gasto mis buenos dólares norteamericanos y ¿qué pasa? Me insultan en la calle». El mexicano se volvió, vacilante, y Lee se desabotonó la chaqueta y metió el pulgar debajo de la pistola que llevaba en la pretina. El mexicano siguió caminando.

—Algún día no seguirán caminando —dijo Lee.

En el apartamento de Lee bebieron otro poco de *brandy*. Lee rodeó los hombros de Allerton con el brazo.

—Bueno, si insistes —dijo Allerton.

El domingo por la noche Allerton cenó en el apartamento de Lee. Lee cocinó hígados de pollo porque Allerton siempre pedía hígado de pollo en los restaurantes, y el hígado de pollo de los restaurantes no suele ser fresco. Después de la cena Lee empezó a acariciar a Allerton, que rechazó las insinuaciones y dijo que quería ir al Ship Ahoy a tomar un ron con Coca-Cola. Lee apagó la luz y abrazó a Allerton antes de echar a andar hacia la puerta. Fastidiado, Allerton endureció el cuerpo.

Cuando llegaron al Ship Ahoy, Lee fue a la barra y pidió dos rones con Coca-Cola.

—Que sean muy fuertes —dijo al camarero.

Allerton se había sentado a una mesa con Mary. Lee llevó el ron con Coca-Cola y lo puso en la mesa delante de Allerton. Después fue a sentarse a una mesa con Joe Guidry. Joe Guidry estaba con un joven. El joven contaba cómo lo trataba un psiquiatra del ejército.

—¿Qué has descubierto con el psiquiatra? —dijo Guidry. En su voz había un tono despectivo, de fastidio.

—He descubierto que tengo complejo de Edipo. He descubierto que amo a mi madre.

—Pero, hijo mío, todo el mundo ama a su madre —dijo Guidry.

—Quiero decir que amo a mi madre carnalmente.

—No te creo, hijo —dijo Guidry. A Lee eso le pareció divertido y se echó a reír.

—Me he enterado de que Jim Cochan ha regresado a los Estados Unidos —dijo Guidry—. Piensa trabajar en Alaska.

—Gracias a Dios yo soy un caballero que dispone de rentas y no necesita exponerse a las inclemencias de condiciones casi árticas —dijo Lee—. A propósito, ¿conoces a Alice, la mujer de Jim? Dios mío, es una verdadera bruja norteamericana. Nunca he visto nada parecido. Jim no puede llevar a ningún amigo a casa. Ella le ha prohibido comer fuera, y no quiere que él lleve ningún alimento a casa a menos que ella esté allí para mirar mientras él lo come. ¿Habéis oído alguna vez algo parecido? De más está decir que Jim tiene prohibido entrar en mi apartamento y anda con esa cara de angustia cuando viene a verme. No sé por qué los hombres norteamericanos soportan semejante mierda de una mujer. No soy, desde luego, un experto para juzgar la carne femenina, pero Alice tiene escrito «pésima en la cama» sobre toda su escuálida y poco apetitosa persona.

—Qué mala leche traes esta noche, Lee —dijo Guidry.

—Y no me falta razón. ¿Te he hablado de un tal Wigg? Es un tío norteamericano con mucha marcha que anda por ahí, un yonqui que, según dicen, toca muy bien el contrabajo. Aunque tiene dinero, siempre anda gorroneando caballo, diciendo: «No, no quiero comprar nada. Me estoy desenganchando. Sólo busco media dosis». A ese

personaje le he soportado todo lo que humanamente se puede soportar. Paseando en un Chrysler nuevo de tres mil dólares y demasiado agarrado para comprarse su propio caballo. ¿Qué soy yo, por Dios? ¿La Sociedad de Beneficencia del Yonqui? Ese Wigg es verdaderamente repugnante.

—¿Lo haces con él? —preguntó Guidry, aparentemente escandalizando a su joven amigo.

—No todavía. Tengo peces más grandes para freír —dijo Lee. Miró hacia Allerton, que se reía de algo que había dicho Mary.

—Está bien el pescado —bromeó Guidry—. Frío, resbaladizo y difícil de atrapar.

5

Lee tenía una cita con Allerton a las once de la mañana del lunes para ir al monte de piedad a desempeñar la cámara. Lee entró en la habitación de Allerton y lo despertó exactamente a las once. Allerton estaba hosco. Parecía a punto de volver a la cama. Finalmente Lee dijo:

—Bien, ¿te levantas ya o…?

Allerton abrió los ojos y parpadeó como una tortuga:

—Me levanto —dijo.

Lee se sentó y se puso a leer un periódico, tratando de no mirar cómo se vestía Allerton. Intentó dominar el dolor y el enfado, y el esfuerzo lo agotó. Le costaba moverse y pensar. Lee tenía rígida la cara y monótona la voz. La tensión continuó durante el desayuno. Allerton bebió el zumo de tomate a sorbos, en silencio.

Les llevó todo el día recuperar la cámara. Allerton había perdido el resguardo. Anduvieron de oficina en oficina. Los funcionarios decían que no con la cabeza y tamborileaban en la mesa. Lee gastó doscientos pesos de más en mordidas. Por último pagó los cuatrocientos pesos más los intereses y varios gastos. Entregó la cámara a Allerton, que la recibió sin decir nada.

Regresaron al Ship Ahoy en silencio. Lee entró y pidió un trago. Allerton desapareció. Más o menos una hora más tarde apareció por allí y se sentó con Lee.

—¿Qué te parece si cenamos juntos esta noche? —preguntó Lee.

—No —dijo Allerton—. No, creo que esta noche voy a trabajar.

Lee estaba deprimido y destrozado. El calor y la risa del sábado por la noche habían desaparecido y no sabía por qué. En toda relación amorosa o de amistad, Lee intentaba establecer contacto en un nivel no verbal de intuición, un intercambio silencioso de pensamientos y sentimientos. Ahora Allerton había interrumpido de manera brusca el contacto, y Lee sentía dolor físico, como si a una parte suya que tímidamente se estiraba hacia el otro la hubieran cortado y mirara el muñón impresionado e incrédulo.

—Como la administración Wallace —dijo—, subvenciono la no producción. Te pagaré veinte pesos por no trabajar esta noche.

Lee podía desarrollar la idea, pero la impaciente frialdad de Allerton lo detuvo. Se quedó callado, mirando a Allerton con ojos de asombro y dolor.

Allerton estaba nervioso e irritable, y tamborileaba con los dedos en la mesa y miraba alrededor. Ni él mismo entendía por qué le molestaba Lee.

—¿Quieres un trago? —dijo Lee.

—No. Ahora no. De todos modos, tengo que irme.

Lee se levantó tambaleándose.

—Bueno, ya te veré —dijo—. Te veré mañana.

—Sí. Buenas noches.

Lee se quedó allí de pie, tratando de formular un plan para impedir que Allerton se fuera, de concertar una cita para el día siguiente, de mitigar de algún modo el daño que le habían hecho.

Allerton se había ido. Lee buscó con la mano el respaldo de la silla y se desplomó en ella como un hombre debilitado por una enfermedad. Miró la mesa, con dificultades para pensar, como si tuviera mucho frío.

El camarero le puso delante un bocadillo.

—¿Qué? —dijo Lee—. ¿Qué es esto?

—El bocadillo que ha pedido.

—Ah, sí. —Lee le dio unos mordiscos y los empujó con un vaso de agua—. Póngalo en mi cuenta, Joe —le dijo al camarero.

Se levantó y salió. Caminaba despacio. Varias veces se apoyó en un árbol y miró hacia el suelo como si le doliera el estómago. Dentro de su apartamento se quitó el abrigo y los zapatos y se sentó en la cama. Le empezaba a doler la garganta y se le humedecieron los ojos y se derrumbó sobre la cama, sollozando convulsivamente. Levantó las rodillas y se tapó la cara con las manos, cerrando los puños. Cuando estaba amaneciendo giró, se puso boca arriba y se estiró. Los sollozos pararon y a la luz de la mañana la cara se le relajó.

Lee se despertó cerca del mediodía y se quedó un largo rato sobre el borde de la cama sosteniendo un zapato con la mano. Se salpicó agua en los ojos, se puso el abrigo y salió.

Fue hasta el Zócalo y deambuló durante varias horas. Tenía la boca reseca. Entró en un restaurante chino, se sentó en un reservado y pidió una Coca-Cola. Ahora que estaba sentado y no había ningún movimiento que lo distrajera, el sufrimiento se le extendió por el cuerpo. «¿Qué ha pasado?», se preguntó.

Se obligó a enfrentar los hechos. Allerton no era bastante marica para hacer posible una relación recíproca. Le irritaba el afecto de Lee. Como a muchas personas que no tienen nada que hacer, le molestaba que quisieran disponer de su tiempo. No tenía ningún amigo íntimo. Detestaba las citas concretas. No le gustaba sentir que alguien esperaba algo de él. Quería, en la medida de lo posible, vivir sin presiones externas. A Allerton le molestaba que Lee hubiera pagado para recuperar la cámara. Sentía que lo habían metido en un chanchullo y le habían impuesto un compromiso que no quería.

Allerton no reconocía a amigos que hacían regalos de seiscientos pesos, ni podía

sentirse cómodo explotando a Lee. No hacía nada por aclarar la situación. No quería ver la contradicción que suponía molestarse por un favor que aceptaba. Lee descubrió que podía sintonizar con el punto de vista de Allerton, aunque el proceso le causaba dolor, ya que suponía ver el grado de indiferencia de Allerton. «Me gustaba y yo quería gustarle», pensó Lee. «Yo no intentaba comprar nada».

«Tengo que irme de la ciudad», decidió. «Irme a algún lugar. A Panamá, a Sudamérica». Bajó hasta la estación para averiguar cuándo salía el siguiente tren a Veracruz. Había un tren esa noche, pero no compró billete. La idea de llegar solo a otro país, lejos de Allerton, le produjo una sensación de fría angustia.

Cogió un taxi hasta el Ship Ahoy. Allerton no estaba allí y Lee se quedó sentado a la barra, bebiendo. Por fin Allerton asomó la cabeza por la puerta, hizo una distraída seña a Lee y subió con Mary. Lee pensó que probablemente habían ido al apartamento del dueño, donde solían cenar con frecuencia.

Fue al apartamento de Tom Weston. Mary y Allerton estaban allí. Lee se sentó e intentó atraer el interés de Allerton, pero estaba demasiado borracho para decir algo coherente. Daba lástima ver sus esfuerzos por entablar una conversación informal y graciosa.

Debía de haberse quedado dormido. Mary y Allerton no estaban. Tom Weston le sirvió café caliente. Lee bebió el café, se levantó y salió tambaleándose del apartamento. Agotado, durmió hasta la mañana siguiente.

Por delante de sus ojos pasaron escenas del mes caótico y de borracheras. Había una cara que no reconocía, un chico guapo con ojos de ámbar, pelo muy rubio y cejas hermosas, rectas y negras. Se vio pidiendo a alguien que casi no conocía que lo invitara a una cerveza en un bar de Insurgentes y recibiendo una desagradable negativa. Se vio a sí mismo sacar una pistola y apuntar a alguien que lo seguía e intentaba robarle al salir de un bar caro de Coahuila. Sintió las manos amistosas y firmes de las personas que lo habían ayudado a llegar a su casa: «Tranquilo, Bill». Rollins, el amigo de la infancia que estaba allí de pie, macizo y viril, con su perro de caza. Cari corriendo a coger un tranvía. Moor con su risa de puta malévola. Las caras se mezclaban en una pesadilla, hablándole con extrañas voces plañideras e idiotas que al principio no entendió y por último dejó de oír.

Lee se levantó y se afeitó y se sintió mejor. Descubrió que podía comer un panecillo y beber café. Fumó un cigarrillo y leyó el periódico, tratando de no pensar en Allerton. Pronto salió y fue al centro y entró a mirar en la armería. Encontró un Colt Frontier que era una ganga y lo compró por doscientos pesos. Un 32-20 en perfecto estado, con un número de serie que andaba por los trescientos mil. En los Estados Unidos valdría por lo menos cien dólares.

Lee fue a la librería norteamericana y compró un libro sobre ajedrez. Lo llevó hasta Chapultepec, se sentó en un bar sobre la laguna y se puso a leer. Directamente delante de él había una isla de la que brotaba un enorme ciprés. En ese árbol había posados cientos de buitres. Lee se preguntó qué comerían. Arrojó un pedazo de pan, que aterrizó en la isla. Los buitres no prestaron atención.

Lee estaba interesado en la teoría de los juegos y en la estrategia del comportamiento aleatorio. Como había supuesto, la teoría de los juegos no se aplica al ajedrez, ya que el ajedrez excluye el azar y casi elimina el imprevisible factor humano. Si se comprendiera del todo el mecanismo del ajedrez, se podría predecir el resultado después de cualquier movimiento inicial: «Un juego para máquinas pensantes», razonó Lee. Siguió leyendo, sonriendo de vez en cuando. Finalmente se levantó, arrojó el libro a la laguna y se marchó de allí.

Lee sabía que con Allerton no podía encontrar lo que quería. El tribunal de los hechos había rechazado su petición. Pero Lee no podía rendirse. «Quizá pueda encontrar una manera de cambiar los hechos», pensó. Estaba preparado para asumir cualquier riesgo, para llegar a cualquier extremo. Como un santo o como un criminal buscado que no tenía nada que perder, Lee había ido más allá de las exigencias de la carne insistente, cautelosa, envejecida, asustada.

Tomó un taxi hasta el Ship Ahoy, Allerton estaba de pie delante del bar, parpadeando lentamente a la luz del sol. Lee lo miró y sonrió. Allerton le devolvió la sonrisa.

—¿Cómo estás?

—Medio dormido. Acabo de levantarme. —Allerton bostezó y echó a andar hacia la puerta. Hizo un movimiento con una mano—. Hasta luego. —Y se sentó en la barra y pidió un zumo de tomate. Lee entró y se sentó a su lado y pidió un ron doble con Coca-Cola. Allerton se apartó y se sentó a una mesa con Tom Weston—. Por favor, ¿puede traerme aquí el zumo de tomate, Joe? —pidió al camarero.

Lee se sentó a la mesa contigua a la de Allerton. Tom Weston ya se iba. Allerton salió detrás. Volvió y se sentó en la otra sala y se puso a leer los periódicos. Mary entró y se sentó con él. Después de conversar durante unos minutos colocaron sobre la mesa el tablero de ajedrez.

Lee había tomado tres copas. Se levantó, buscó una silla y se sentó junto a la mesa donde Mary y Allerton jugaban al ajedrez.

—Hola —dijo—. ¿Puedo mirar?

Mary levantó la cabeza, molesta, pero sonrió al encontrar la mirada firme y temeraria de Lee.

—He estado leyendo algo acerca del ajedrez. Lo inventaron los árabes, cosa que no me sorprende. Nadie puede sentarse como un árabe. La clásica partida de ajedrez árabe no era más que un concurso para ver quién estaba más tiempo sentado. Cuando ambos concursantes se morían de hambre la partida terminaba en tablas.

Lee hizo una pausa y tomó un largo trago.

—Durante el período barroco del ajedrez se generalizó la práctica de hostigar al adversario con alguna rareza. Había jugadores que usaban hilo dental; otros hacían tronar los nudillos o creaban burbujas con la saliva. El método estaba en constante desarrollo. En la partida de 1917 en Bagdad, el árabe Arácnido Khayam derrotó al maestro alemán Kurt Schlemiel tarareando «Cuando tú te hayas ido yo seguiré aquí» cuarenta mil veces, y alargando cada vez la mano hacia el tablero como si fuera a mover una pieza. Schlemiel terminó con convulsiones.

«¿Habéis tenido alguna vez la fortuna de ver actuar al maestro Tetrazzini? —Lee encendió el cigarrillo de Mary—. Digo actuar con conocimiento de causa, porque era un gran artista, y, como todos los artistas, propenso a la charlatanería, cuando no al engaño descarado. A veces, para ocultar sus maniobras al contrincante, usaba cortinas de humo; cortinas de humo literales, desde luego. Tenía un cuerpo de idiotas entrenados que ante una señal dada se precipitaban sobre el tablero y se comían todas las piezas. Enfrentado a la derrota (cosa bastante frecuente porque del ajedrez lo único que sabía era las reglas, de las que además no estaba demasiado seguro), se levantaba de un salto y gritaba: “¡Cabrón! ¡He visto cómo hacías desaparecer esa reina!”, mientras arrojaba una taza de té rota a la cara del contrincante. En 1922 lo echaron a patadas de Praga. La siguiente vez que vi a Tetrazzini estaba en el alto Ubangi. Una verdadera ruina. Trabajaba como vendedor ambulante de condones no autorizados. Ese fue el año de la peste bovina, cuando todo murió, incluso las hienas».

Lee hizo una pausa. Las palabras le salían como si se las estuvieran dictando. No sabía qué iba a decir a continuación, pero sospechaba que el monólogo se iba a poner guarro. Miró a Mary, que cruzaba elocuentes miradas con Allerton. «Algún tipo de código de amante», decidió Lee. «Ella le está diciendo que ahora tienen que irse». Allerton se levantó y dijo que tenía que ir a cortarse el pelo antes de ponerse a trabajar. Mary y Allerton se marcharon. Lee se quedó solo en el bar.

El monólogo continuó:

—Yo trabajaba como edecán del general Von Klutch. Exigente. Hombre difícil de satisfacer. Después de la primera semana no lo intenté más. En la sala de oficiales teníamos un dicho: «Nunca expongas tu flanco al viejo Klutchy». Bueno, yo no soportaba a Klutchy una noche más, así que monté una modesta caravana y me puse en marcha con Abdul, el Adonis del lugar. A quince kilómetros de Tanhajaro, Abdul contrajo la peste bovina y tuve que abandonarlo allí a su suerte. Detestaba hacerlo, pero no tenía alternativa. Como imaginarás, perdió toda su belleza.

»En la cabecera del Zambesi me topé con un viejo comerciante holandés. Después de un considerable regateo le di un barril de paregórico por un muchacho mitad efendi y mitad lulú. Calculé que el muchacho me serviría hasta Tombuctú, quizá hasta Dakar. Pero el lulú-efendi mostró signos de desgaste incluso antes de llegar a Tombuctú, y decidí entregarlo como parte del pago de un modelo beduino convencional. Los cruces de genes dan buen aspecto, pero no tanta solidez como

aparentan. En Tombuctú fui al Depósito de Esclavos Usados de Ojete Gus a ver qué trueque me ofrecía.

»Gus salió corriendo y me soltó una perorata:

»—Ah, Sahib Lee. ¡Alá lo ha enviado! Tengo algo perfecto para su culo. Entre. Un solo dueño, y médico. De esos poco entusiastas, que lo hacen un par de veces a la semana. Es joven y tierno. De hecho, habla en media lengua… ¡Vea!

»—¿Llamas media lengua a esos baboseos seniles? Ese le contagió gonorrea a mi abuelo. Vamos, Gussie.

»—¿No le gusta? Qué pena. Bueno, dicen que sobre gustos no hay nada escrito. A ver, por aquí tengo un beduino de raza desértica ciento por ciento, cuyo árbol genealógico se remonta al Profeta. Mire qué porte. ¡Qué orgullo! ¡Qué fuego!

»—Una apariencia bien lograda, Gus, pero no lo bastante buena. Es un idiota mongol albino. Oye, Gussie, estás tratando con el maricón más viejo del Ubangi superior, así que bájate de la palmera. Métete en la fosa y saca al gamberro más apuesto que tengas en este apolillado bazar.

»—Muy bien, sahib Lee, ¿así que quiere calidad? Sígame, por favor. Ahí está. ¿Qué puedo decir? La calidad habla por sí sola. Sin embargo, tengo muchos clientes baratos que buscan calidad pero ponen el grito en el cielo al oír el precio. Pero usted y yo sabemos que la calidad cuesta. En realidad, y lo juro por la polla del Profeta, con esta mercancía de calidad pierdo dinero.

»—Ajá. Tiene escondidos algunos kilómetros de más, pero me sirve. ¿Puedo probarlo?

»—Lee, por Dios, esto no es un burdel. Esta oferta es un paquete cerrado. Mercancía que no se puede consumir en el local. Podría perder la licencia.

»—No quiero que una de tus obras precarias, pegadas con celo y cemento casero, me coja desprevenido a cien kilómetros del zoco más cercano. Además, ¿cómo sé que no es maricón?

»—¡Sahib Lee! ¡Este es un establecimiento ético!

»—Una vez me engañaron así en Marrakech. Un tipo me encajó a un marica judío travestido haciéndolo pasar por un príncipe abisino.

»—¡Ja, ja, ja! ¡Qué historias tan graciosas cuenta! Le propongo algo: quédese a dormir en el pueblo y pruébelo. Mañana, si no lo quiere, le devolveré hasta la última piastra. ¿De acuerdo?

»—De acuerdo, pero ¿en qué condición me vas a dar ese lulú-efendi? Lo quiero en perfecto estado. Revisado y puesto a punto. Que no coma mucho y que no abra la boca.

»—¡Dios mío, Lee! Sabe que por usted yo sería capaz de cortarme el huevo derecho, pero juro por el coño de mi madre, y que me caiga y me quede paralítico y se me desprenda la polla, si no cuesta más mover este tipo de negocios mixtos que a un yonqui mover el vientre.

»—Ahórrate el regateo. ¿Cuánto?

»Gus está de pie delante del lulú-efendi con las manos en las caderas. Sonríe y mueve la cabeza. Camina alrededor del muchacho. Alarga la mano y señala una pequeña várice detrás de la rodilla.

»—Mire eso —dice, sin dejar de sonreír y de mover la cabeza. Da otra vuelta alrededor del muchacho—. También tiene hemorroides. —Niega con la cabeza—. No sé. De veras no sé qué decirle. Abre esa boca, muchacho… Le faltan dos dientes.

»Gus ha dejado de sonreír. Habla en tono bajo y considerado, como el director de una funeraria.

»—Le voy a ser sincero, Lee. En este momento tengo un montón de mercancía como ésa. Prefiero olvidarme de ella y hablar del precio de la otra.

»—¿Y qué voy a hacer con él? ¿Ponerme a venderlo en la calle?

»—Podría llevarlo como repuesto. ¡Ja, ja!

»—¡Ja! ¿Tú cuánto puedes darme?

«—Bueno… No se ponga furioso… Doscientas piastras.

»Gus hace como que sale corriendo para evitar mi ira, levantando una enorme nube de polvo en el patio.

El número terminó de repente, y Lee miró alrededor. El bar casi estaba vacío. Pagó lo que había tomado y salió a la noche.

6

El jueves Lee fue a las carreras por recomendación de Tom Weston. Weston era astrólogo aficionado y le aseguró a Lee que los presagios eran buenos. Lee perdió cinco carreras y volvió en taxi al Ship Ahoy.

Mary y Allerton estaban sentados a una mesa con el jugador de ajedrez peruano. Allerton invitó a Lee a sentarse con ellos.

—¿Dónde está esa falsa y puta pronosticadora? —dijo Lee mirando alrededor.

—¿Tom te dio algún mal dato? —preguntó Allerton.

—Eso hizo.

Mary salió con el peruano. Lee terminó la tercera copa y se volvió hacia Allerton.

—Tengo planeado ir pronto a Sudamérica —dijo—. ¿Por qué no me acompañas? No te costará ni un centavo.

—Quizá en dinero no.

—No soy un hombre difícil para la convivencia. Podríamos llegar a un acuerdo satisfactorio. ¿Qué puedes perder?

—Independencia.

—¿Y quién puede quitarte independencia? Por mí, tírate a todas las mujeres de Sudamérica si quieres. Lo único que te pido es que seas bueno con papá, digamos que un par de veces por semana. No es nada excesivo, ¿verdad? Además, te sacaré billete de ida y vuelta para que puedas marcharte cuando lo desees.

Allerton se encogió de hombros.

—Lo pensaré —dijo—. Tengo trabajo para otros diez días. Cuando lo acabe, te daré una respuesta definitiva.

—Tu trabajo… —Lee iba a decir «Te daré el sueldo de diez días»—. De acuerdo —añadió.

El trabajo de Allerton para el periódico era temporal, y de todos modos la pereza le impedía conservar un empleo. Por lo tanto, su respuesta significaba «No». Lee pensaba volver a hablar con él cuando pasaran diez días. «Mejor no forzar las cosas», razonó.

Allerton planeó un viaje de tres días a Morelia con sus compañeros de la redacción del periódico. La noche antes de la partida, Lee tenía un excitación frenética. Reunió a un bullicioso grupo de gente alrededor de la mesa. Allerton

jugaba al ajedrez con Mary y Lee hacía todo el ruido que podía. Las personas de la mesa no dejaban de reír, pero todas parecían vagamente incómodas, como si hubieran preferido estar en otra parte. Pensaban que Lee estaba un poco mal de la cabeza. Pero cada vez que él parecía a punto de incurrir en un escandaloso exceso verbal o de conducta, se contenía y decía algo completamente banal.

Lee se levantó de un salto y fue a *abrazar* a alguien que acababa de llegar.

—¡Ricardo! *¡Amigo mío!* —dijo—. Cuánto tiempo sin verte. ¿Dónde has estado? ¿Has tenido un hijo? Siéntate en ese culo o en lo que queda de él tras cuatro años en la Marina. ¿Qué te preocupa, Richard? ¿Las mujeres? Me alegro de que hayas venido a estar conmigo y no con esos charlatanes del piso de arriba.

En ese momento Allerton y Mary salieron después de consultarse entre sí en voz baja. Lee los miró en silencio. «Ahora actúo en un teatro vacío», pensó. Pidió otro ron y tragó cuatro pastillas de bencedrina. Después fue a la cabecera de la mesa y fumó un porro. «Ahora deslumbraré a mi público», pensó.

El ayudante de camarero había atrapado un ratón y lo sostenía por la cola. Lee sacó un anticuado revólver calibre 22 que a veces llevaba consigo.

—Levanta a ese hijo de puta y lo acribillo —dijo, adoptando una pose napoleónica. El muchacho ató un cordel a la cola del ratón y lo levantó alejándolo del cuerpo. Lee le disparó desde un metro de distancia. La bala destrozó la cabeza del ratón.

—Si le hubieras disparado desde más cerca, el ratón te habría obstruido la boca del revólver —dijo Richard.

Entró Tom Weston.

—Ahí viene la vieja puta pitonisa —dijo Lee—. ¿El retrógrado Saturno te trae arrastrándote del culo?

—Mi culo se arrastra porque necesito una cerveza —dijo Weston.

—Bueno, estás en el sitio indicado. Una cerveza para mi amigo el de los astros… ¿Qué? Lo siento, compañero —dijo Lee volviéndose hacia Weston—, pero el camarero dice que los augurios para servirte una cerveza no son buenos. Es que Venus está en la casa sesenta y nueve con un Neptuno cachondo y no puede permitir que tomes una cerveza bajo esos auspicios.

Lee tragó un pequeño trozo de opio empujándolo con un sorbo de café negro.

Horace entró y saludó a Lee con aquel breve y frío movimiento de cabeza. Lee corrió a abrazarlo.

—Esto es más grande que cualquiera de los dos, Horace —dijo—. ¿Para qué ocultar nuestro amor?

Horace alargó rígidamente los brazos.

—Basta —dijo—. Basta.

—Es sólo un *abrazo* mexicano, Horace. La costumbre del país. Aquí todo el mundo lo hace.

—A mí no me importa la costumbre. Apártate de mí.

—¡Horace! ¿Por qué eres tan frío?

—Basta, por favor —dijo Horace mientras se marchaba.

Un poco más tarde volvió y se quedó en el otro extremo de la barra tomando una cerveza.

Weston y Al y Richard se acercaron a Lee.

—Estamos contigo, Bill —dijo Weston—. Si te pone un dedo encima le rompo una botella en la cabeza.

Lee no quería llevar la actuación más allá del plano de la broma.

—No hay ningún problema con Horace, supongo. Pero mi paciencia tiene un límite. Hace dos años que me saluda con ese seco movimiento de cabeza. Dos años que entra en Lolas, mira alrededor, dice «Aquí no hay más que maricones» y sale a la calle a tomarse la cerveza. Como digo, hay un límite.

Allerton regresó del viaje a Morelia hosco e irascible. Cuando Lee le preguntó si lo había pasado bien, murmuró: «Sí, muy bien», y fue a la otra sala a jugar al ajedrez con Mary. Lee sintió que la ira le recorría el cuerpo. «De alguna manera le haré pagar por esto», pensó.

Se planteó comprar la mitad del Ship Ahoy. Allerton vivía a crédito en el Ship Ahoy, y debía cuatrocientos pesos. Si Lee fuera copropietario, Allerton no estaría en situación de ignorarlo. En realidad Lee no quería tomar represalias. Sentía una desesperada necesidad de mantener algún contacto especial con Allerton.

Consiguió restablecerlo. Una tarde Lee y Allerton fueron a visitar a Al Hyman, que estaba en el hospital con ictericia. Mientras volvían pararon en el Bottoms Up a tomar un cóctel.

—¿Qué me dices de ese viaje a Sudamérica? —dijo Lee de repente.

—Bueno, es agradable ver sitios que no conoces —dijo Allerton.

—¿Puedes partir en cualquier momento?

—En cualquier momento.

Al día siguiente Lee se puso a reunir los visados y los billetes necesarios.

—Conviene comprar aquí algunos elementos de *camping* —dijo—. Quizá tengamos que internarnos en la selva para encontrar el yage. Cuando lleguemos al sitio donde está, buscaremos a alguien y le preguntaremos: «¿Dónde podemos obtener el yage?».

—¿Cómo harás para saber dónde buscar al yage?

—Quiero averiguar eso en Bogotá. Un científico colombiano que vive en Bogotá aisló telepatina a partir del yage. Tenemos que encontrar a ese científico.

—¿Qué pasa si no está dispuesto a hablar?

—Todos hablan cuando Boris va a trabajar con ellos.

—¿Tú eres Boris?

—No, claro que no. Recogeremos a Boris en Panamá. Hizo un excelente trabajo

con los rojos en Barcelona y con la Gestapo en Polonia. Un hombre de talento. Toda su obra tiene el toque Boris. Leve pero convincente. Un hombrecito afable con gafas. Parece un contable. Lo conocí en un baño turco de Budapest.

Pasaba un chico rubio mexicano empujando una carreta.

—¡Dios mío! —dijo Lee boquiabierto—. ¡Un mexicano rubio! Eso no es lo mismo que ser marica, Allerton. Después de todo, no son más que mexicanos. Tomemos una copa.

Salieron en autobús unos días más tarde, y cuando llegaron a Ciudad de Panamá Allerton ya se estaba quejando de que Lee era demasiado exigente con los deseos. Por lo demás se llevaban muy bien. Ahora que podía pasar los días y las noches con el objeto de sus atenciones, Lee se sentía liberado de los lacerantes vacíos y miedos. Y Allerton era un buen compañero de viaje, sensato y tranquilo.

7

Volaron de Panamá a Quito en un avión diminuto que tuvo que esforzarse para subir por encima de las nubes. El auxiliar de vuelo conectó el oxígeno. Lee olió la manguera.

—¡Está cortada! —dijo indignado.

Entraron en Quito durante un crepúsculo ventoso y frío. El hotel parecía construido un siglo atrás. La habitación era de techo alto con vigas negras y paredes de yeso blancas. Se sentaron sobre las camas, tiritando. Lee empezaba a tener síndrome de abstinencia.

Caminaron alrededor de la plaza principal. Lee encontró una farmacia, pero no vendían paregórico sin receta. Un viento frío que venía de las altas montañas hacía volar la basura por las calles sucias. La gente caminaba en silencio lúgubre. Muchos se envolvían la cara con mantas. Contra las paredes de una iglesia había una fila de brujas viejas y horribles protegidas por mantas sucias que parecían gastados sacos de arpillera.

—Ahora, hijo mío, quiero que sepas que soy diferente de otros ciudadanos que quizá llegues a conocer. Hay quien te dirá eso de que las mujeres no valen nada. Yo no soy así. Elige a una de estas *señoritas* y llévatela al hotel.

Allerton lo miró.

—Me parece que esta noche voy a echar un polvo —dijo.

—Claro que sí —dijo Lee—. Adelante. No son muy pulcras en este basural, pero eso no tiene por qué disuadiros a los jóvenes. ¿Fue Frank Hacas quien dijo que nunca había visto a una mujer fea antes de los treinta años? En realidad… Volvamos al hotel a tomar algo.

El bar estaba lleno de corrientes de aire. Sillones de roble con asiento negro de cuero. Pidieron martinis. En la mesa de al lado un norteamericano rubicundo con traje caro de gabardina marrón hablaba de un negocio relacionado con diez mil hectáreas. Frente a Lee había un ecuatoriano de nariz larga con un punto rojo en cada pómulo, vestido con un traje negro de corte europeo. Bebía café y comía pasteles.

Lee tomó varios cócteles. Cada minuto que pasaba se sentía peor.

—¿Por qué no fumas algo de marihuana? —sugirió Allerton—. Eso podría ayudarte.

—Buena idea. Vayamos a la habitación.

Lee fumó un porro en el balcón.

—Dios mío, qué frío hace en ese balcón —dijo al volver al cuarto.

—Y cuando cae el crepúsculo sobre la vieja y hermosa ciudad colonial de Quito y bajan esas refrescantes brisas de los Andes, salga al fresco del anochecer y contemple a las bellas *señoritas* que se sientan, ataviadas con vistosos trajes autóctonos, contra la pared de la iglesia del siglo XVI que da sobre la plaza principal…». Al tío que escribió eso lo despidieron. Hasta para un folleto turístico hay límites…

—Así debe de ser el Tíbet. Alto y frío y lleno de gente fea y llamas y yaks. Leche de yak en el desayuno, cuajada de yak en el almuerzo, y de cena un yak hervido en su propia mantequilla, lo que no deja de ser un apropiado castigo para un yak.

»Un día despejado, el viento te trae el olor de uno de esos santos desde veinticinco kilómetros de distancia. Allí sentado haciendo girar las asquerosas ruedas de oraciones. Envuelto en viejos y sucios sacos de arpillera, plagado de chinches que asoman por donde saca el cuello. Tiene la nariz podrida y escupe nueces de betel por las ventanas de la nariz como una cobra escupidora… A ver el número ese de la Sabiduría Oriental.

»Tenemos entonces a una especie de santo y un reportero latoso va a entrevistarlo. El santo está allí masticando su nuez de betel. Al cabo de un rato dice a uno de sus acólitos: «Ve a la Fuente Sagrada y tráeme un cucharón de paregórico. Voy a emplear la Sabiduría Oriental. ¡Y mueve ese taparrabos! Entonces bebe el paregórico y entra en un ligero trance y hace contacto cósmico, lo que los entendidos llamamos cabezada. El reportero dice: “¿Habrá guerra con Rusia, Mahatma? ¿El comunismo destruirá el mundo civilizado? ¿El alma es inmortal? ¿Existe Dios?”.

»El Mahatma abre los ojos y aprieta los labios y escupe por las ventanas de la nariz dos hilos rojos de zumo de betel. El zumo le baja hasta la boca y lo lame con una lengua larga y sucia y dice: “¿Cómo mierda puedo saberlo?”. El acólito dice: “Has oído al hombre. Ahora retírate. El swami quiere estar solo con sus medicamentos”. Ahora que lo pienso, ésa es la sabiduría oriental. El occidental cree que hay algún secreto que él puede descubrir. Oriente dice: “¿Cómo mierda puedo saberlo?”.

Esa noche Lee soñó que estaba en una colonia penitenciaria. Alrededor había montañas altas, desnudas. Él vivía en una casa que nunca estaba caliente. Salió a pasear. Al doblar una esquina y meterse en una sucia calle adoquinada, lo golpeó el viento frío de la montaña. Apretó el cinturón de la chaqueta de cuero y sintió el frío de la desesperación final.

Lee se despertó y llamó a Allerton.

—Gene, ¿estás despierto?

—Sí.

—¿Tienes frío?

—Sí.

—¿Puedo meterme en la cama contigo?

—Ahh, está bien.

Lee se escurrió debajo de las mantas con Allerton. Tiritaba de frío y de síndrome de abstinencia.

—Estás temblando de pies a cabeza —dijo Allerton. Lee se apretó contra él, convulsionado por la lujuria adolescente del síndrome de abstinencia.

—Santo Dios, tienes las manos frías.

Cuando Allerton se quedó dormido dio media vuelta en la cama y puso una rodilla encima del cuerpo de Lee. Lee se quedó quieto para que Allerton no se despertara y la sacara.

Al día siguiente Lee estaba enfermo de verdad. Dieron vueltas por Quito. Cuanto más conocía el sitio, más lo deprimía. La ciudad era empinada, las calles estrechas. Allerton bajó de la acera alta y un coche lo rozó.

—Es un milagro que no estés herido —dijo Lee—. No soportaría tener que quedarme en esta ciudad.

Se sentaron en una pequeña cafetería frecuentada por refugiados alemanes que hablaban de visados y de prórrogas y de permisos de trabajo, y entablaron conversación con el hombre de la mesa de al lado. El hombre era delgado y rubio, con entradas en las sienes. Lee veía las venas azules que latían al sol frío de la alta montaña que cubría el rostro débil y devastado del hombre y se derramaba en la mesa de roble llena de marcas y en el gastado suelo de madera. Lee preguntó al hombre si le gustaba Quito.

—Ser o no ser, ésa es la cuestión. Tiene que gustarme.

Salieron de la cafetería y subieron por una calle hacia un parque. Los árboles estaban atrofiados por el viento y por el frío. En una pequeña charca había unos muchachos remando a un lado y a otro. Lee los miró, desgarrado por la lujuria y por la curiosidad. Se vio hurgando desesperadamente en cuerpos y habitaciones y armarios en una búsqueda frenética, una pesadilla recurrente. Al final de la búsqueda había una habitación vacía. El viento frío le hizo estremecerse.

—¿Por qué no preguntas en la cafetería por el nombre de un médico? —dijo Allerton.

—Buena idea.

El médico vivía en un chalet de estuco amarillo sobre una tranquila calle lateral. Era judío, con cara lisa y colorada y hablaba bien el inglés. Lee simuló un problema de disentería. El médico le hizo unas preguntas. Empezó a escribir una receta.

—Lo que mejor funciona es paregórico con bismuto —dijo Lee.

El médico se echó a reír. Miró detenidamente a Lee.

—Ahora cuente la verdad —dijo finalmente. Le apuntó con un índice, sonriendo —. ¿Es usted adicto a los narcóticos? Conviene que me lo diga. Si no, no puedo ayudarle.

—Sí —admitió Lee.

—Ajá —dijo el médico, y arrugó la receta que había escrito y la tiró en la papelera. Preguntó a Lee cuánto tiempo hacía que era adicto. Lo miró mientras hacía un movimiento de desaprobación con la cabeza.

—*Aj* —dijo—, usted es una persona joven. Tiene que acabar con ese hábito. De lo contrario perderá la vida. Es mejor que sufra ahora y que no continúe con el hábito.

El médico dedicó a Lee una mirada larga y humana.

«Dios mío —pensó Lee—. ¿Qué te importa?».

Asintió y dijo:

—Sí, doctor, claro que quiero dejarlo. Pero tengo que dormir algo. Mañana me voy a la costa, a Manta.

El médico se recostó en el sillón, sonriendo.

—Tiene que acabar con ese hábito.

Repitió toda la escena. Lee asintió distraídamente. Finalmente el médico cogió el recetario: tres centímetros cúbicos de tintura.

La farmacia le dio a Lee paregórico en vez de la tintura. Tres centímetros cúbicos de paregórico. Menos de una cucharadita. Nada. Lee compró un frasco de pastillas antihistamínicas y tomó un puñado. Eso pareció aliviarlo un poco.

Al día siguiente él y Allerton tomaron un avión rumbo a Manta.

El Hotel Continental de Manta estaba hecho con cañas de bambú y con tablones bastos. Lee encontró algunos agujeros de nudos en la pared de su habitación y los tapó con papel.

—No queremos que nos deporten bajo sospecha —le dijo a Allerton—. Como sabes, estoy con cierto síndrome de abstinencia, y eso me vuelve muuuy *sexy*. Los vecinos podrían presenciar algún espectáculo interesante.

—Quiero presentar una queja relacionada con el incumplimiento de un contrato —dijo Allerton—. Dijiste que dos veces por semana.

—Eso dije. Desde luego, el contrato es más o menos elástico. Pero tienes razón. De dos *veces* a la semana se trata. Por supuesto, si entre una y otra te da la calentura, no dudes en avisarme.

—Te lo haré saber.

El agua estaba perfecta para Lee, que no la soportaba fría. No sintió ningún choque cuando se metió. Nadaron alrededor de una hora y después se sentaron en la playa mirando hacia el mar. Allerton podía estar horas sentado sin hacer nada.

—Esa embarcación hace media hora que está calentando el motor —dijo.

—Yo voy al pueblo a recorrer las *bodegas* y a comprar una botella de coñac —dijo Lee.

El pueblo parecía antiguo, con calles de piedra caliza y bares sucios atestados de marineros y trabajadores portuarios. Un limpiabotas le preguntó a Lee si quería una «chica bonita». Lee lo miró y le dijo en inglés:

—No, y tampoco te quiero a ti.

Compró una botella de coñac a un comerciante turco. La tienda tenía de todo: provisiones para barcos, ferretería, armas, alimentos, bebidas alcohólicas. Lee averiguó el precio de las armas: trescientos dólares por una carabina Winchester calibre 30-30 que se vendía a setenta y dos dólares en los Estados Unidos.

El turco dijo que los impuestos sobre las armas eran elevados. Eso explicaba el precio.

Lee regresó a la playa. Todas las casas estaban hechas de bambú sobre una estructura de madera, con los cuatro postes directamente fijados en la tierra. El tipo de construcción más sencillo: entierras profundamente cuatro postes en la tierra y clavas la casa a los postes. Las casas estaban construidas a casi dos metros del suelo. Las calles eran de barro. Miles de buitres se posaban sobre las casas y andaban por las calles picoteando en la basura. Lee pateó uno, que aleteó apartándose con un graznido de indignación.

Lee pasó por delante de un bar, un edificio grande construido directamente sobre la tierra, y decidió entrar a tomar una copa. Las paredes de bambú se sacudían ruidosamente. Dos hombres mayores, pequeños y enjutos ensayaban obscenos pasos de mambo uno frente al otro, las caras curtidas arrugadas dibujando sonrisas desdentadas. El camarero se acercó a Lee sonriendo. Tampoco él tenía los dientes de delante. Lee se sentó en un pequeño banco de madera y pidió un coñac.

Un chico de unos dieciséis años se acercó y se sentó junto a Lee con una sonrisa franca y amistosa. Lee le devolvió la sonrisa y pidió un *refresco* para él. El chico apoyó una mano en el muslo de Lee y lo apretó en agradecimiento por la bebida. Tenía dientes desiguales, amontonados unos sobre otros, pero era joven. Lee lo miró interrogativamente; no sabía bien qué estaba pasando. ¿El chico se le estaba insinuando o sólo se mostraba amistoso? Sabía que la gente en los países latinoamericanos no era tímida para el contacto físico. Los muchachos caminaban abrazados. Lee decidió tomarse las cosas con calma. Terminó la bebida, estrechó la mano al chico y regresó al hotel.

Allerton seguía sentado en la galería con el bañador y una camisa amarilla de mangas cortas que le flotaba alrededor del cuerpo delgado en el viento del atardecer. Lee fue a la cocina y pidió hielo y vasos. Contó a Allerton lo del turco, el pueblo y el chico.

—Vamos a ese bar después de la cena —dijo.

—¿A que nos metan mano esos chicos? —preguntó Allerton—. Yo prefiero

quedarme.

Lee se echó a reír. Se sentía sorprendentemente bien. El antihistamínico le había mejorado el síndrome de abstinencia, rebajándolo a un malestar vago, que si no supiera que estaba allí ni siquiera habría notado. Miró hacia la bahía, roja por la puesta de sol. En la bahía había ancladas embarcaciones de todos los tamaños. Lee quería comprar una y recorrer con ella la costa. A Allerton le gustaba la idea.

—Mientras estamos en Ecuador debemos dedicarnos al yage —dijo Lee—. Imagínate: controlar el pensamiento. Desmontar a alguien y reconstruirlo a tu gusto. Te molesta algo de alguna persona y dices: «¡Yage! Quiero quitarle de la mente esa manera de funcionar». Se me ocurren algunos cambios que me gustaría hacerte, muñeca. —Miró a Allerton y se relamió—. Con algunas modificaciones serías tanto más *agradable*. Ahora eres agradable, desde luego, pero tienes esas pequeñas peculiaridades irritantes. Me refiero a que no siempre estás dispuesto a hacer exactamente lo que yo quiero que hagas.

—¿De veras crees que hay algo en todo eso? —preguntó Allerton.

—Los rusos parecen convencidos. Tengo entendido que el yage es la droga más eficaz para obtener confesiones. También han usado peyote. ¿Lo has probado alguna vez?

—No.

—Es una sustancia horrible. Me intoxicó tanto que quería morirme. Necesitaba vomitar y no podía. Sólo tenía espasmos atroces del espárrago o como se llame ese chisme. Finalmente el peyote salió entero como una pelota de pelo, obstruyéndome la garganta. La sensación más repugnante que he sentido jamás. Mientras estás colocado es interesante, pero no sé si compensa la parte del malestar. La cara se te hincha alrededor de los ojos, se te hinchan los labios, y pareces un indio y sientes lo que siente un indio, o al menos lo que tú crees que siente un indio. Algo primitivo, como ves. Los colores son más intensos, pero en cierto modo chatos y bidimensionales. Todo parece una planta de peyote. Hay una pesadilla subyacente.

»Después de usarlo tuve pesadillas, una tras otra, cada vez que me dormía. En un sueño yo tenía rabia y me miré en el espejo y la cara me cambió y empecé a aullar. En otro sueño yo tenía el hábito de la clorofila. Yo y otros cinco adictos a la clorofila estamos esperando para conseguir droga. Nos volvemos verdes y no podemos quitarnos el hábito de la clorofila. Una inyección y te quedas colgado para siempre. Nos estamos convirtiendo en plantas. ¿Sabes algo sobre psiquiatría? ¿Sobre la esquizofrenia?

—No mucho.

—En algunos casos de esquizofrenia ocurre un fenómeno que se conoce como obediencia automática. Yo digo: «Saca la lengua» y no puedes dejar de obedecer. Tienes que hacer todo lo que yo te diga, todo lo que cualquiera te diga. ¿Comprendes? Resulta divertido si tú eres el que da las órdenes que automáticamente se obedecen. Obediencia automática, esquizofrenia sintética, fabricada en serie por

encargo. Ese es el sueño ruso, y Norteamérica no va a la zaga. Los burócratas de ambos países quieren lo mismo: control. El superyó, el centro de mando, canceroso y enloquecido. Por cierto, hay una relación entre la esquizofrenia y la telepatía. Los esquizofrénicos son telepáticamente muy sensibles, pero estrictamente *receptores*. ¿Notas la relación?

—Pero no reconocerías el yage si lo vieras.

Lee se quedó pensando un minuto.

—Por mucho que me disguste la idea, tendré que volver a Quito y hablar allí con un especialista del Instituto Botánico.

—Yo no vuelvo a Quito por nada —dijo Allerton.

—No iré inmediatamente. Necesito algo de descanso y quiero sentirme bien del todo. No hace falta que vayas. Te quedas en la playa. Papá irá a conseguir la información.

8

De Manta volaron a Guayaquil. El camino estaba inundado, de modo que sólo se podía llegar allí por avión o por barco.

Guayaquil, una ciudad con muchos parques y plazas y estatuas, se levanta en la orilla de un río. Los parques están llenos de árboles tropicales y arbustos y enredaderas. Un árbol que se abre como un paraguas, tan ancho como alto, protege del sol los bancos de piedra. La gente está mucho tiempo sentada.

Un día Lee se levantó temprano y fue al mercado. El lugar estaba abarrotado. Una población curiosamente variada: negros, chinos, indios, europeos, árabes, tipos difíciles de clasificar. Lee vio a algunos chicos guapos, mezcla de sangre china y negra, delgados y llenos de gracia con hermosos dientes blancos.

Un jorobado con piernas atrofiadas tocaba un tosco caramillo de bambú, una lastimera música oriental con la tristeza de las altas montañas. En la tristeza profunda no hay lugar para el sentimentalismo. Es algo tan inapelable como las montañas: un hecho. Una vez que uno lo comprende, no puede quejarse.

La gente se apiñaba alrededor del músico, escuchaba unos minutos y después seguía su camino. Lee se fijó en un joven de piel apretada sobre la cara pequeña, que parecía exactamente una cabeza reducida. No podría pesar más de cuarenta kilos.

El músico tosía de vez en cuando. En un momento, cuando alguien le tocó la joroba, gruñó mostrando los dientes negros y picados. Lee le dio unas monedas. Siguió caminando, mirando las caras con las que se iba cruzando, examinando las entradas y las ventanas de los hoteles baratos. Una cama de hierro pintada de rosa claro, una camisa secándose…, retazos de vida. Lee los observaba ávidamente, como un pez predador separado de su presa por una pared de cristal. No podía dejar de chocar la nariz contra el cristal en una pesadillesca exploración del sueño. Finalmente se encontró en una sala polvorienta, al sol del atardecer, con un zapato viejo en la mano.

La ciudad, como todo Ecuador, producía una impresión de curioso desconcierto. Lee sentía que allí ocurría algo, que se le ocultaba una corriente subyacente de vida. Aquélla era la zona de la antigua cerámica chimu, donde los saleros y las jarras de agua constituían obscenidades indescriptibles: dos hombres a cuatro patas practicando sodomía formaban el asa de la tapa de una olla de cocina.

¿Qué ocurre cuando no hay ningún límite? ¿Cuál es el destino del País Donde Todo Vale? Hombres que se transformaban en ciempiés enormes…, ciempiés que

asediaban las casas…, un hombre atado a una cama y un ciempiés de tres metros de largo que se erguía sobre él. ¿Esto es literal? ¿Ha ocurrido alguna horrible metamorfosis? ¿Cuál es el significado del símbolo del ciempiés?

Lee subió a un autobús y viajó hasta el final del recorrido. Tomó otro autobús. Fue hasta el río y bebió un refresco y miró cómo unos chicos nadaban en el río sucio. Parecía como si de las aguas marrones y verdosas pudieran salir de repente inenarrables monstruos. Lee vio un lagarto de más de cincuenta centímetros de largo corriendo por la orilla de enfrente.

Volvió caminando hacia el pueblo. Pasó por delante de un grupo de muchachos en una esquina. Uno de ellos era tan guapo que la imagen hirió los sentidos de Lee como un látigo metálico. Se le escapó de los labios un leve e involuntario gemido de dolor. Dio media vuelta, como si estuviera buscando el nombre de la calle. El muchacho se reía de algún chiste, una risa aguda, alegre y feliz. Lee siguió caminando.

Seis o siete muchachos, entre doce y catorce años, jugaban sobre una pila de basura al borde del río. Uno de ellos orinaba contra un poste y se reía mirando a los demás. Los muchachos notaron la presencia de Lee. Ahora su juego era declaradamente sexual, con un trasfondo de burla. Miraron a Lee y susurraron algo y se echaron a reír. Lee los miró abiertamente, una mirada fría y dura de lujuria descarada. Sentía el dolor lacerante del deseo ilimitado.

Centró la atención en un muchacho, una imagen clara y nítida, como si lo mirara por un telescopio y los otros muchachos y el borde del río quedaran fuera del campo de visión. El muchacho vibraba, lleno de vida, como un animal joven. Una sonrisa ancha y burlona mostraba dientes afilados y blancos. Lee vislumbró el cuerpo delgado debajo de la camisa rota.

Se sentía en el cuerpo del muchacho. Recuerdos fragmentarios…, el olor de granos de cacao secándose al sol, casas de bambú, el río caliente y sucio, las ciénagas y los montones de basura en las afueras de la ciudad. Estaba con los otros muchachos, sentado en el suelo embaldosado de una casa abandonada. A la casa le faltaba el techo. Las paredes de piedra se caían. La maleza crecía en las paredes y se extendía por el suelo.

Los muchachos se estaban quitando los pantalones rotos. Lee levantó las delgadas nalgas para bajarse los pantalones. Sintió el suelo embaldosado. Tenía los pantalones en los tobillos. Apretaba las rodillas y los otros muchachos intentaban separárselas. Cedió y se las apartaron. Los miró y sonrió, y se pasó una mano por la barriga. Otro muchacho que estaba de pie se dejó caer los pantalones y se quedó allí con las manos en las caderas, mirándose el órgano erecto.

Un muchacho se sentó junto a Lee y alargó una mano y se la metió entre las piernas. Lee sintió el desvanecimiento del orgasmo al calor del sol. Se tendió en el suelo y se tapó los ojos con el brazo. Otro chico le apoyó la cabeza en el estómago. Lee sintió el calor de esa cabeza, y el picor donde el pelo le tocaba la piel.

Ahora estaba en una vivienda de cañas de bambú. Una lámpara del aceite

alumbraba el cuerpo de una mujer. Lee sentía deseo hacia la mujer a través del cuerpo del muchacho. «No soy marica —pensó—. Soy incorpóreo».

Lee siguió caminando, pensando: «¿Qué puedo hacer? ¿Llevarlos a mi motel? Ellos están dispuestos. Por unos sucres…». Sintió un odio mortal hacia la gente estúpida, común, reprobadora, que le impedía hacer lo que quería. «Algún día haré lo que me dé la gana —se dijo—. Y si algún hijo de puta moralizador se mete, tendrán que sacarlo del río».

El plan de Lee involucraba un río. Él vivía en el río y hacía todo lo necesario para complacerse. Cultivaba y producía su propia marihuana y amapolas y cocaína, y tenía a un joven muchacho del lugar como criado multiuso. En el río sucio había barcos amarrados. Por allí pasaban flotando grandes cantidades de jacintos acuáticos. El río tenía bastante más de medio kilómetro de ancho.

Lee caminó hasta un pequeño parque. Había una estatua de Bolívar, a quien Lee llamaba «El Libertador Tonto», estrechando la mano a alguien. Ambos parecían cansados e indignados y escandalosamente maricas, tan maricas que te escandalizabas. Lee se quedó mirando la estatua. Entonces se sentó en un banco de piedra que daba al río. Todos lo observaron mientras se sentaba. Lee les devolvió la mirada. Él no tenía la resistencia norteamericana a mirar a los ojos a un desconocido. Los otros apartaron la mirada y encendieron cigarrillos y reanudaron la conversación entre ellos.

Lee se quedó allí sentado contemplando el río sucio y amarillo. No se veía ni a tres centímetros por debajo de la superficie. De vez en cuando algún pez diminuto brincaba delante de un barco. Había pequeños y elegantes veleros del club náutico, con mástiles huecos y hermoso diseño. Había piraguas con motores fuera de borda y camarotes de cañas de bambú. En el centro del río estaban amarrados dos acorazados viejos y oxidados: la armada ecuatoriana. Lee estuvo allí sentado toda una hora; después se levantó y regresó caminando al hotel. Eran las tres. Allerton estaba todavía en la cama. Lee se sentó en el borde.

—Son las tres, Gene. Hora de levantarse.

—¿Para qué?

—¿Quieres pasarte la vida en la cama? Levántate y ven a recorrer el pueblo conmigo. Vi a unos chicos hermosos en la orilla del río. Material de primera, en bruto. Esos dientes, esas sonrisas. Chicos jóvenes rebosantes de vida.

—Está bien. Deja de babear.

—¿Qué tienen que yo esté buscando, Gene? ¿Lo sabes?

—No.

—Tienen masculinidad, desde luego. Lo mismo tengo yo. Me quiero a mí mismo del mismo modo que quiero a los demás. Soy incorpóreo. Por algún motivo, no puedo usar mi propio cuerpo.

Alargó la mano. Allerton la esquivó.

—¿Qué pasa?

—Pensaba que me la ibas a pasar por las costillas.

—Yo no haría eso. ¿Acaso crees que soy marica?

—Francamente, sí.

—Tienes unas costillas muy bonitas. Enséñame la rota. ¿Es ésa? —Lee le pasó la mano hasta la mitad del tórax—. ¿O está más abajo?

—Vamos, déjame en paz.

—Pero, Gene… Sabes que ya me toca.

—Sí, supongo que sí.

—Por supuesto, si prefieres esperamos hasta la noche. Estas noches tropicales son tan románticas… De ese modo podríamos emplear unas doce horas y hacerlo bien.

Lee siguió bajando con la mano por el estómago de Allerton. Veía que Allerton estaba un poco excitado.

—Quizá sea mejor hacerlo ahora —dijo Allerton—. Tú sabes que me gusta dormir solo.

—Sí, lo sé. Qué pena. Si por mí fuera, dormiríamos todas las noches enroscados uno alrededor del otro como serpientes de cascabel hibernando.

Lee se estaba quitando la ropa. Se acostó junto a Allerton.

—Qué monito sería que pudiéramos fundirnos en una gran masa infome —dijo, hablando en media lengua—. Te estoy poniendo los pelos de punta, ¿verdad?

—Pues sí.

Allerton sorprendió a Lee con una reacción de insólita intensidad. Al llegar al clímax, apretó con fuerza las costillas de Lee. Soltó un suspiro profundo y cerró los ojos.

Lee se alisó las cejas con los pulgares.

—¿Te molesta hacer esto? —preguntó.

—No demasiado.

—¿Pero te gusta a veces? Me refiero a la situación.

—Ah, sí.

Lee se puso boca arriba, apoyó una mejilla contra el hombro de Allerton y se durmió.

Lee decidió solicitar un pasaporte antes de marcharse de Guayaquil. Se estaba cambiando de ropa para ir a la embajada y hablando con Allerton.

—No puedo ponerme zapatos de tacón alto. Quizá el cónsul es un mariquita elegante… «Querido, no me vas a creer. Zapatos de tacón alto. Sí, esos viejos zapatos de presilla y botón. La verdad es que no pude quitarles los ojos de encima. Me parece que no entiendo qué quería».

»He oído que están purgando de maricas el Departamento de Estado. Si lo hacen tendrán que funcionar con muy poco personal… Ah, aquí están. —Lee se estaba poniendo unos zapatos de tacón bajo—. Imagíname yendo directamente hacia el

cónsul y pidiéndole dinero para comer… El cónsul se acomoda en el sillón y lleva un pañuelo perfumado a la boca como si le hubieras dejado una langosta muerta sobre el escritorio—: “¡Así que está usted pelado! La verdad es que no sé por qué viene usted aquí con esa repugnante revelación. Podría mostrar un mínimo de consideración. Tendría que darse cuenta de lo desagradable que es lo que está haciendo. ¿Es que no tiene orgullo?”».

Lee se volvió hacia Allerton.

—¿Qué tal estoy? No quiero tener demasiado buen aspecto para que a él no se le ocurra bajarme los pantalones. Quizá convendría que fueras *tú*. Así tendríamos mañana los pasaportes.

—Escucha esto. —Lee estaba leyendo un periódico de Guayaquil—. Parece que los delegados peruanos que asistieron al congreso contra la tuberculosis en Salinas aparecieron en la reunión con enormes mapas donde se mostraban las partes de Ecuador de las que se había apropiado Perú en la guerra de 1939. Era como si los médicos ecuatorianos fueran a la reunión exhibiendo cabezas reducidas de soldados peruanos en las cadenas de los relojes.

Allerton había encontrado un artículo sobre la heroica resistencia ofrecida por los lobos de mar ecuatorianos.

—¿Los qué?

—Eso es lo que dice: *Lobos del Mar*. Parece que un oficial se quedó junto a su cañón, aunque el mecanismo había dejado de funcionar.

—A mí no me parece muy brillante.

Decidieron buscar una embarcación en Las Playas. Las Playas era un sitio frío y de aguas agitadas y fangosas, un deprimente centro turístico de clase media. La comida era espantosa, pero la habitación sola costaba casi lo mismo que la *pensión* completa. Probaron un almuerzo. Un plato de arroz sin salsa, sin nada. Allerton dijo: «Me he hecho daño». Una sopa insípida en la que flotaba un material fibroso parecido a madera blanca y tierna. El plato principal era una carne indescriptible, tan imposible de identificar como de comer.

—El cocinero se ha atrincherado en la cocina —dijo Lee—. Echa esta bazofia por una ranura.

De hecho, pasaban la comida por una ranura en una puerta desde una habitación oscura y humeante donde probablemente la preparaban.

Decidieron continuar hasta Salinas al día siguiente. Esa noche Lee quiso meterse en la cama con Allerton, pero Allerton se negó, y a la mañana siguiente Lee dijo que lamentaba habérselo pedido tan pronto después de la última vez, con lo que incumplía el contrato.

—No me gusta la gente que pide perdón a la hora del desayuno —dijo Allerton.

—Gene —dijo Lee—, ¿no te estarás colocando en una injusta situación de ventaja? Como si alguien estuviera con síndrome de abstinencia y tú no te drogaras. «¿Así que síndrome de abstinencia?», dirías. «No sé por qué me hablas de tu asquerosa enfermedad. Podrías al menos tener la decencia de guardarte esa información. Odio a la gente enferma. Tienes que comprender lo desagradable que es verte estornudar y bostezar y hacer arcadas. ¿Es que no tienes orgullo?».

—Eso no es nada justo —dijo Allerton.

—No intento ser justo. Es sólo un número para entretenerse, que incluye un mínimo de verdad. Date prisa y termina el desayuno. Perderemos el autobús a Salinas.

Salinas tenía el aire tranquilo y circunspecto de un centro de veraneo de clase alta. Habían llegado en temporada baja. Cuando fueron a nadar descubrieron por qué no era la temporada: la corriente de Humboldt enfría el agua durante los meses de verano. Allerton metió la punta del pie en el agua y dijo: «Esto está muy frío», y se negó a entrar. Lee se zambulló y nadó durante unos minutos.

El tiempo parecía pasar más rápido en Salinas. Lee almorzaba y se tumbaba en la playa. Después de un período que parecía una hora, o a lo sumo dos horas, veía el sol bajo en el cielo: las seis. Allerton contaba la misma experiencia.

Lee fue a Quito a buscar información sobre el yage. Allerton se quedó en Salinas. Lee volvió cinco días más tarde.

—El yage también se conoce entre los indios como ayahuasca. El nombre científico es *Bannisteria caapi*. —Lee extendió un mapa sobre la cama—. Crece en la selva alta del lado amazónico de los Andes. Seguiremos hasta Puyo. Allí termina el camino. Tendremos que buscar a alguien que pueda tratar con los indios y conseguir el yage.

Pasaron una noche en Guayaquil. Lee se emborrachó antes de la cena y se quedó dormido mientras veían una película. Regresaron al hotel para acostarse y levantarse temprano por la mañana. Lee se sirvió un *brandy* y se sentó en el borde de la cama de Allerton.

—Esta noche estás encantador —dijo, quitándose las gafas—. ¿Puedo darte un besito? ¿Eh?

—Déjame en paz —dijo Allerton.

—De acuerdo, chico, si tú lo dices. Queda mucho tiempo.

Lee se sirvió un poco más de *brandy* en el vaso y se acostó en su propia cama.

—¿Sabes una cosa, Gene? En este país de mala muerte no sólo hay gente pobre. También hay ricos. Vi algunos en el tren que iba a Quito. No me sorprendería que

tuvieran un avión con los motores encendidos en el patio trasero. Los veo cargando televisores y radios y palos de golf y raquetas de tenis y escopetas e intentando después echar encima de todos los trastos un cebú, de manera que el avión, por falta de potencia, no arranca del suelo.

»Es un país pequeño, inestable, subdesarrollado. El sistema económico es exactamente el que imaginaba: todo materias primas, madera, alimentos, trabajo, alquiler, muy barato, lodos los artículos manufacturados son muy caros debido a los impuestos sobre las importaciones. Se supone que los impuestos protegen la industria ecuatoriana. No hay ninguna industria ecuatoriana. Ningún tipo de producción. La gente que podría producir no lo hace porque no quiere tener dinero inmovilizado aquí. Prefiere estar lista para salir en cualquier momento con un fajo de dinero contante y sonante, de ser posible en dólares estadounidenses. Están demasiado alarmados. Por lo general los ricos son gente temerosa. No sé por qué. Supongo que tiene algo que ver con el complejo de culpa. *¿Quién sabe?* No he venido a psicoanalizar al César, sino a proteger a su persona. Pero eso, desde luego, tiene un precio. Aquí lo que necesitan es un departamento de seguridad, para que los oprimidos no se subleven.

—Sí —dijo Allerton—. Tenemos que lograr uniformidad de opinión.

—¡Opinión! ¿Qué es esto, un círculo de debate y discusión? Dame un año y la gente no tendrá ningún tipo de opinión. «Pónganse todos aquí en fila para recibir el sabroso guiso de cabeza de pescado con arroz y oleomargarina. Y aquí para la ración de alcohol gratuito rociado con opio». De manera que si se salen de la fila quitamos la droga del alcohol y todos se cagan en los pantalones, demasiado débiles para moverse. El hábito de comer es el peor hábito que se puede tener. Otro ángulo es la malaria. Un mal debilitante, a la medida para atenuar el espíritu revolucionario.

Lee sonrió.

—Imagina a un viejo médico humanista alemán. Voy y le digo: «Bueno, doctor, ha hecho usted un gran trabajo aquí con la malaria. Ha bajado el índice casi hasta cero».

»—*Ach*, sí. Hacemos todo lo posible, ¿verdad? ¿Ve usted esta línea en el gráfico? La línea muestra el descenso de esa enfermedad en los últimos diez años, desde que iniciamos nuestro programa de tratamiento.

»—Sí, doctor. Ahora mire, quiero que la línea vuelva al punto donde empezó.

»—*Ach*, no lo dice en serio.

»—Y otra cosa. Vea si puede importar una cepa bien debilitante de anquilostoma.

»Siempre podemos inmovilizar a la gente de la montaña quitándole las mantas y dejándola en la situación de un lagarto congelado.

La pared interior de la habitación de Lee terminaba alrededor de un metro antes del techo para permitir la ventilación de la habitación siguiente, que era interior y no tenía ventanas. El ocupante de esa habitación dijo algo en español pidiendo silencio a Lee.

—Ah, cállese —dijo Lee, levantándose de un salto—. ¡Clavaré una manta en ese hueco! ¡Le quitaré el maldito aire! Usted respira con mi permiso. Ocupa una habitación interior, una habitación sin ventanas. ¡Así que recuerde su lugar y cierre su menesterosa boca!

Le respondió una catarata de *chingas* y *cabrones*.

—Hombre —dijo Lee—, *¿dónde está su cultura?*

—Durmamos de una vez —dijo Allerton—. Estoy cansado.

9

Fueron en un barco fluvial hasta Babahoya. Balanceándose en hamacas, bebiendo *brandy* y mirando cómo pasaba la selva. Fuentes, musgo, arroyos transparentes y hermosos y árboles de hasta setenta metros de altura. Lee y Allerton iban callados mientras el barco avanzaba río arriba, penetrando en la quietud de la selva con su quejido de cortadora de césped.

Desde Babahoya tomaron un autobús que los llevó sobre los Andes hasta Ambato, un frío y traqueteante paseo de catorce horas. Se detuvieron a comer unos garbanzos en lo alto del paso de montaña, por encima del límite de la vegetación. Unos jóvenes del lugar con sombreros grises de fieltro comían los garbanzos con hosca resignación. Varias cobayas chillaban y correteaban por el suelo de tierra de la choza. Los chillidos le recordaron a Lee la cobaya que había tenido de niño en el Hotel Fairmont de Saint Louis, cuando la familia esperaba para mudarse a la casa nueva de Price Road. Recordaba cómo chillaba el animal y el hedor de la jaula.

Pasaron el pico nevado del Chimborazo, frío a la luz de la luna y bajo el viento constante de los altos Andes. El paisaje desde el paso de montaña parecía de otro planeta, más grande que la Tierra. Lee y Allerton estaban acurrucados debajo de una manta, bebiendo *brandy* y sintiendo en la nariz el olor del humo de leña. Ambos llevaban chaquetas excedentes del ejército, con la cremallera subida por encima de las camisetas para que no se colara el frío ni el viento. Allerton parecía tan incorpóreo como un fantasma; Lee casi veía a través de su cuerpo el vacío autobús fantasma que esperaba fuera.

De Ambato a Puyo, por el borde de un desfiladero de más de trescientos metros de profundidad. Bajo el camino había cascadas y bosques y corrientes y ellos descendían al valle verde y lozano. Varias veces el autobús se detuvo a quitar las piedras grandes que habían rodado hasta el camino.

Lee hablaba en el autobús con un viejo explorador llamado Morgan que llevaba treinta años en la selva. Lee le preguntó por la ayahuasca.

—Actúa sobre ellos como el opio —dijo Morgan—. Todos mis indios la usan. Después de consumirla no consigo que trabajen durante tres días.

—Creo que habría un mercado para eso —dijo Lee.

—Yo puedo conseguir cualquier cantidad —dijo Morgan.

Pasaron por delante de los bungalows prefabricados de Shell Mará. La Shell Company había empleado dos años y veinte millones de dólares, no había encontrado

nada de petróleo y se había ido.

Llegaron a Puyo por la noche, tarde, y encontraron una habitación en un hotel destartalado cerca de la tienda. Lee y Allerton estaban demasiado agotados para hablar y se durmieron inmediatamente.

Al día siguiente el viejo Morgan salió a dar una vuelta con Lee, tratando de encontrar ayahuasca. Allerton seguía durmiendo. Se encontraron con un muro de evasivas. Un hombre dijo que traería un poco al día siguiente. Lee sabía que no traería nada.

Entraron en una pequeña taberna atendida por una mulata. La mujer fingió no saber qué era la ayahuasca. Lee preguntó si la ayahuasca era ilegal.

—No —dijo Morgan—, pero la gente desconfía de los forasteros.

Se quedaron allí sentados bebiendo aguardiente mezclado con agua caliente y azúcar y canela. Lee dijo que su negocio eran las cabezas reducidas. Morgan calculó que podrían instalar una planta de reducción de cabezas.

—Cabezas que saldrían rodando de la cadena de montaje —dijo—. Cabezas que no se podrían comprar a ningún precio. Como usted sabe, el gobierno lo prohíbe. Los tíos mataban a la gente para vender las cabezas.

Morgan tenía un caudal inagotable de viejos chistes verdes. Estaba hablando de un personaje del lugar que había venido de Canadá.

—¿Cómo llegó aquí? —preguntó Lee.

Morgan se rió entre dientes.

—¿Cómo llegamos todos aquí? Algún asunto conflictivo en nuestro país, ¿verdad?

Lee asintió con la cabeza, sin decir nada.

El viejo Morgan volvió a Shell Mará en el autobús de la tarde para recoger un dinero que le debían. Lee habló con un holandés llamado Sawyer que cultivaba la tierra cerca de Puyo. Sawyer le contó que había un botánico norteamericano que vivía en la selva, a unas horas de Puyo.

—Está tratando de desarrollar algún tipo de medicamento. No me acuerdo del nombre. Si logra concentrar ese medicamento, dice que hará una fortuna. Ahora está pasando por dificultades. No tiene nada que comer.

—Yo estoy interesado en las plantas medicinales —dijo Lee—. Quizá vaya a visitarlo.

—Le encantará verlo. Pero lleve consigo algo de harina o té o lo que sea. Allí no tienen nada.

Más tarde Lee le dijo a Allerton:

—¡Un botánico! Qué oportunidad. Es nuestro hombre. Iremos mañana.

—No podemos fingir que pasábamos por allí —dijo Allerton—. ¿Cómo vas a explicar tu visita?

—Ya se me ocurrirá algo. Lo mejor será que le diga directamente que ando buscando el yage. Se me ocurre que quizá podemos ganar unos dólares. Por lo que he oído, está en pésimas condiciones. Es una suerte que lo encontremos en esa situación. Si estuviera boyante y tomando champán en galochas en los burdeles de Puyo, no creo que le interesara venderme unos cientos de sucres de yage. Y, Gene, por amor de Dios, cuando encontremos a ese personaje, por favor no digas: «El doctor Cotter, supongo».

La habitación del hotel de Puyo era húmeda y fría. Las casas del otro lado de la calle se veían desdibujadas a causa de la lluvia torrencial, como una ciudad sumergida. Lee recogía objetos de la cama y los metía en un saco forrado de caucho. Una pistola automática calibre 32, algunos cartuchos envueltos en seda engrasada, una sartén pequeña, té y harina envasada en latas precintadas con cinta adhesiva, medio litro de Puro.

—Esa botella es el objeto más pesado —dijo Allerton—, y tiene los bordes afilados. ¿Por qué no la dejamos aquí?

—Tendremos que aflojarle la lengua —dijo Lee. Levantó el saco y entregó a Allerton un machete nuevo y brillante.

—Esperemos a que pare de llover —dijo Allerton.

—¡Esperar a que pare de llover! —Lee se desplomó en la cama con un ruidoso ataque de risa fingida—. ¡Ja, ja, ja! ¡Esperar a que pare la lluvia! Aquí tienen un dicho: «Te pagaré cuando pare de llover en Puyo». Ja, ja, ja.

—Cuando llegamos hubo dos días de sol.

—Ya lo sé. Un milagro. Hay un movimiento para canonizar al cura del pueblo. *Vámonos, cabrón*.

Lee palmeó el hombro de Allerton y salieron a la lluvia, resbalando en los adoquines mojados de la calle principal.

El sendero era de troncos. La madera estaba cubierta por una película de barro. Cortaron largos bastones para no resbalar, pero la caminata era lenta. A ambos lados se levantaba la selva alta de árboles de madera dura y muy poca maleza. Por todas partes había agua, fuentes y arroyos y ríos de agua clara y fría.

—Agua adecuada para las truchas —dijo Lee.

Se detuvieron en varias casas a preguntar dónde vivía Cotter. Todo el mundo les decía que iban en el rumbo correcto. ¿A qué distancia estaba? A dos, tres horas. Tal vez más. Parecía que la noticia se les había adelantado. Un hombre que encontraron en el camino cambió de mano el machete para saludarlos y dijo inmediatamente:

—¿Buscan a Cotter? Ahora está en su casa.

—¿Cuánto falta? —preguntó Lee.

El hombre miró a Lee y a Allerton.

—Tardarán otras tres horas.

Caminaron sin cesar. Ya atardecía. Tiraron una moneda al aire para ver quién preguntaría en la casa siguiente. Perdió Allerton.

—El hombre dice otras tres horas —explicó Allerton.

—Hace seis horas que oímos lo mismo.

Allerton quería descansar.

—No —dijo Lee—, si descansas, las piernas se te endurecen. Es lo peor que puedes hacer.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El viejo Morgan.

—Bueno, diga lo que diga Morgan, yo voy a descansar.

—No descanses mucho tiempo. Será un desastre si se nos acaba el día, tropezando en la oscuridad con serpientes y jaguares y cayendo en *quebrajas*, que es como llaman a esas grietas profundas cortadas por las corrientes de agua. Algunas tienen veinte metros de profundidad y uno de ancho. Sólo lo necesario para caer.

Se detuvieron a descansar en una casa abandonada. Faltaban paredes, pero había un techo que parecía en bastante buen estado.

—Podríamos parar aquí un segundo —dijo Allerton, mirando alrededor.

—Eso, un segundo. Nada de mantas.

Estaba oscuro cuando llegaron a donde vivía Cotter, una pequeña choza de paja en un claro. Cotter era un cincuentón pequeño y enjuto. Lee notó que la recepción era un poco fría. Sacó el alcohol y todos tomaron un trago. La mujer de Cotter, una pelirroja grande, de apariencia fuerte, preparó té con canela para cortar el sabor a queroseno del Puro. Lee se emborrachó al tercer trago.

Cotter estaba preguntando muchas cosas a Lee.

—¿Cómo se le ha ocurrido venir aquí? ¿De dónde es usted? ¿Cuánto tiempo hace que está en Ecuador? ¿Quién le habló de mí? ¿Es usted turista o viaja por negocios?

Lee estaba borracho. Empezó a hablar en la jerga de los drogadictos, explicando que buscaba yage, o ayahuasca. Tenía entendido que los rusos y los norteamericanos hacían experimentos con esa droga. Lee dijo que creía que los dos podían ganar unos dólares con las plantas. Cuanto más hablaba Lee, más fría se volvía la actitud de Cotter. Era evidente que el hombre desconfiaba, pero Lee no sabía por qué ni de qué.

La cena fue muy buena, teniendo en cuenta que el ingrediente principal era una especie de raíz fibrosa y plátanos. Después de la cena, la mujer de Cotter dijo:

—Estos muchachos deben de estar cansados, Jim.

Cotter fue delante con una linterna que se encendía apretando una palanca. Un catre de unos setenta y cinco centímetros de ancho, hecho con bambú.

—Supongo que los dos se podrán arreglar con esto —dijo. La señora Cotter estaba extendiendo una manta sobre el catre como si fuera un colchón y cubriéndolo con otra manta. Lee se acostó en el catre por el lado de la pared. Allerton se acostó en el lado de fuera y Cotter puso una mosquitera.

—¿Mosquitos? —preguntó Lee.

—No, vampiros —dijo Cotter de manera cortante—. Buenas noches.

—Buenas noches.

A Lee le dolían los músculos de la larga caminata. Estaba muy cansado. Pasó un brazo sobre el pecho de Allerton y se acurrucó contra el cuerpo del muchacho. Ante el cálido contacto brotó del cuerpo de Lee un sentimiento de profunda ternura. Se acurrucó aún más y acarició con dulzura el hombro de Allerton. Allerton se movió con irritación, apartando el brazo de Lee.

—No me aprietes, por favor, y duérmete de una vez —dijo Allerton. Dio media vuelta hacia su lado, dándole la espalda a Lee. Lee retiró el brazo. El disgusto hizo que se le contrajera todo el cuerpo. Despacio, se puso la mano debajo de la mejilla. Se sentía profundamente herido, como si estuviera sangrando por dentro. Le corrieron lágrimas por la cara.

Estaba delante del Ship Ahoy. No había nadie dentro. Oía que alguien lloraba. Vio a su hijo pequeño, y se arrodilló y lo levantó en brazos. El sonido del llanto estaba más cerca, una ola de tristeza, y ahora él lloraba, y los sollozos hacían que se le estremeciera el cuerpo.

Sostuvo al pequeño Willy contra el pecho. Había allí un grupo de personas con ropa de presidiarios. Lee se preguntó qué hacían allí y por qué estaría él llorando.

Al despertarse, Lee seguía sintiendo la profunda tristeza del sueño. Alargó una mano hacia Allerton y después la retiró. Dio media vuelta y se quedó mirando la pared.

A la mañana siguiente Lee se sentía seco e irritable y vacío de sensaciones. Tomó prestado el rifle calibre 22 de Cotter y salió con Allerton a echar un vistazo a la selva. La selva parecía vacía de vida.

—Cotter dice que los indios han limpiado de caza la mayor parte de la zona —explicó Allerton—. Todos tienen escopetas que compraron con el dinero que ganaron trabajando para la Shell.

Caminaron por un sendero. Unos árboles enormes, algunos de más de treinta metros de altura, enmarañados de enredaderas, tapaban el sol.

—Quiera Dios que matemos alguna criatura viviente —dijo Lee—. Gene, oigo que algo grazna por ahí. Voy a tratar de dispararle.

—¿Qué es?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Esta vivo, ¿verdad?

Lee se abrió paso entre la maleza que bordeaba el sendero. Tropezó en una enredadera y cayó sobre una planta con dientes de sierra. Cuando intentó levantarse, cien puntas afiladas le aferraron la ropa y se le hundieron en la carne.

—¡Gene! —gritó—. ¡Ayúdame! Me ha atrapado una planta carnívora. ¡Gene, libérame con el machete!

No vieron un solo animal vivo en la selva.

Cotter supuestamente intentaba encontrar una manera de extraer curare del veneno para las flechas que usaban los indios. Le contó a Lee que solía haber cuervos amarillos en la región, y bagres amarillos con espinas sumamente venenosas. A su mujer se le había clavado una, y tan intenso era el dolor que Cotter tuvo que administrarle morfina. Era médico.

A Lee le impresionó la historia de la Mujer Mono: dos hermanos, un hombre y una mujer, habían llegado a esa parte del Ecuador a vivir una vida sana y sencilla comiendo raíces y bayas y frutos secos y palmitos. Dos años más tarde los había encontrado una partida de rescate renqueando sobre muletas improvisadas, desdentados y llenos de fracturas a medio soldar. Aparentemente no había calcio en la zona. Las gallinas no podían poner huevos, no había nada para formar la cáscara. Las vacas daban leche, pero era acuosa y traslúcida, sin calcio.

El hermano regresó a la civilización y a los filetes, pero la Mujer Mono siguió allí. Se había ganado el sobrenombre mirando lo que comían los monos: todo lo que come un mono lo podía comer ella, lo podía comer cualquiera. Es muy útil saberlo. Es muy útil saberlo si uno se pierde en la selva. También es útil llevar algunas pastillas de calcio. Hasta la mujer de Cotter había perdido los dientes. Los de Cotter faltaban desde hacía mucho tiempo.

Tenía una víbora de dos metros protegiendo la casa de merodeadores que andaban detrás de sus valiosos apuntes sobre el curare. También tenía dos monos diminutos, bonitos pero malhumorados y equipados con dientes pequeños y afilados, y un perezoso. Los perezosos viven de la fruta de los árboles, balanceándose boca arriba y haciendo un ruido como el de un niño que llora. En el suelo están indefensos. Ese simplemente estaba allí y hacía ruido y silbaba. Cotter les advirtió que no lo tocaran, aunque fuera en el cuello, ya que podía darse la vuelta y clavarles las garras fuertes y afiladas en la mano y después llevársela a la boca y empezar a morder.

Cotter empezó con evasivas cuando Lee le preguntó por la ayahuasca. Dijo que no estaba seguro de que el yage y la ayahuasca fueran la misma planta. La ayahuasca estaba relacionada con la *brujería*. Él mismo era un *brujo* blanco. Tenía acceso a

secretos de los *brujos*. Lee no tenía ese acceso.

—Tardaría años en ganarse su confianza.

Lee dijo que no tenía años para dedicarlos a ese tema.

—¿Usted no puede conseguirme una cantidad? —preguntó.

Cotter lo miró áridamente.

—Llevo aquí tres años —dijo.

Lee trató de sonar como un científico.

—Quiero investigar las propiedades de la droga —dijo—. Planeo llevarme una muestra para hacer un experimento.

—Bueno —dijo Cotter—, podría acompañarlo a Canela y hablar con el *brujo*. Él le dará algo si yo se lo pido.

—Sería usted muy amable —dijo Lee.

Cotter no volvió a hablar del viaje a Canela. Habló de lo escasos que estaban de provisiones, y de que no podía perder tiempo de sus experimentos con un sustituto del curare. Después de tres días Lee vio que estaba perdiendo el tiempo y le comunicó a Cotter que se iban. Cotter no hizo nada por ocultar su alivio.

Epílogo:
Regreso a Ciudad de México

Cada vez que llego a Panamá, el sitio es exactamente un mes, dos meses, seis meses más en ninguna parte, como el curso de una enfermedad degenerativa. Parece haberse producido un cambio de progresión aritmética a progresión geométrica. Algo feo e innoble e infrahumano se está cociendo en esta ciudad mestiza de alcahuetes y putas y genes recesivos, esta sanguijuela degradada sobre el Canal de Panamá.

Una niebla tóxica flota sobre Panamá en el calor húmedo. Aquí todo el mundo es telepático en el nivel paranoico. Anduve dando vueltas con mi cámara y vi sobre un acantilado de piedra caliza en Panamá Viejo una choza de madera y chapas de zinc, como un ático. Quería una foto de esa excrecencia, con los albatros y los buitres que giraban por encima contra el caluroso cielo gris. Mis manos, sosteniendo la cámara, estaban resbaladizas de sudor, y la camisa se me pegaba al cuerpo como un condón mojado.

Una vieja bruja me vio desde la choza sacando la foto. Siempre saben cuando uno les saca una foto, sobre todo en Panamá. Se puso a consultar algo con alguna otra persona malhumorada que yo no podía ver con claridad. Después fue hasta el borde de un peligroso balcón e hizo un gesto ambiguo de hostilidad. Muchos de los llamados primitivos tienen miedo de las cámaras. Hay, por cierto, algo obsceno y siniestro en la fotografía, un deseo de aprisionar, de incorporar, una persecución de intensidad sexual. Seguí caminando y fotografié a algunos chicos —jóvenes, vivos, inconscientes— jugando al béisbol. Nunca miraron hacia donde yo estaba.

Abajo, a orillas del agua, vi a un indio joven y oscuro en una lancha de pesca. Sabía que yo quería sacarle una foto, y cada vez que apuntaba con la cámara levantaba la mirada con joven malhumor masculino. Finalmente lo sorprendí apoyado contra la proa de la lancha con la gracia lánguida de un animal, rascándose despreocupadamente un hombro. Una larga cicatriz blanca le atravesaba el hombro derecho y la clavícula. Guardé la cámara y me incliné sobre la caliente pared de cemento, mirándolo. Mentalmente le recorrí con un dedo la cicatriz y después bajé por el pecho y el estómago, desnudos y cobrizos, mientras la privación me hacía doler cada célula. Me aparté de la pared murmurando «Por Dios», y me alejé buscando alrededor algo que fotografiar.

Un negro con un sombrero de fieltro estaba apoyado en la baranda de la galería de una casa de madera construida sobre unos cimientos de sucia piedra caliza. Yo estaba

al otro lado de la calle, debajo de la marquesina de un cine. Cada vez que yo preparaba la cámara él levantaba el sombrero y me miraba, murmurando imprecaciones dementes. Finalmente lo fotografié desde detrás de una columna. En un balcón por encima de ese personaje se lavaba un hombre joven, sin camisa. Le veía la sangre negra y del Cercano Oriente, la cara redondeada y la piel de mulato café con leche, el cuerpo liso de carne indiferenciada en la que no se veía un solo músculo. Levantó la mirada como un animal que huele el peligro. Lo retraté cuando sonó el silbato de las cinco. Un viejo truco de fotógrafo: esperar una distracción.

Entré en el Chicos Bar a tomar un ron con Coca-Cola. Nunca me gustó ese sitio, ni ningún otro bar de Panamá, pero era soportable y tenía algunas buenas canciones en la máquina de discos. Ahora no había nada más que aquella horrible música hortera de Oklahoma, como los mugidos de una vaca ansiosa: «Estás clavando mi ataúd», «No fue Dios quien hizo los ángeles estridentes», «Corazón tramposo».

Todos los militares que había en el tugurio tenían aquel aspecto de leve conmoción cerebral de la Zona del Canal de Panamá: con mirada de vaca y embotados, como si hubieran sufrido un tratamiento militar especial y estuvieran inmunizados en el nivel de la intuición, con el emisor y el receptor telepático extirpados. Les haces una pregunta y te contestan sin simpatía u hostilidad. Nada de calor, nada de contacto. La conversación es imposible. No tienen nada que decir. Se sientan por allí e invitan a beber a las chicas de la barra, haciendo insinuaciones anodinas que las chicas rechazan como si fueran moscas, y haciendo sonar la música quejumbrosa en la máquina de discos. Un joven con granujienta cara adenoidea intentaba una y otra vez tocar el pecho a una muchacha. Ella le apartaba la mano, que volvía como si estuviera dotada de autónoma vida de insecto.

A mi lado estaba sentada una chica de la barra, y la invité a un trago. Pidió un buen *whisky* escocés. «Panamá, cómo odio tus malditas tretas», pensé. Tenía cerebro de pajarito y un perfecto inglés norteamericano, como una grabación. La gente estúpida puede aprender un idioma con rapidez y facilidad porque no hay nada allí que la distraiga.

La chica quería otro trago. Yo dije que no.

—¿Por qué eres tan mezquino? —preguntó.

—Mira —dije—, si me quedo sin dinero, ¿quién me va a invitar a mí? ¿Tú?

La chica parecía sorprendida.

—Sí —dijo hablando despacio—. Tienes razón. Perdóname.

Bajé por la calle principal. Un chulo me agarró del brazo.

—Tengo una chica de catorce años, Jack. Portorriqueña. ¿Qué te parece?

—Demasiado vieja —le dije—. Quiero a una virgen de seis años y nada de coser mientras esperas. No trates de encajarme tus viejos vampiros de catorce años.

Lo dejé allí con la boca abierta.

Entré en una tienda a preguntar precios de panamás. El joven detrás del mostrador empezó a cantar:

—Hacer amigos es perder dinero.

«Este maldito cabrón va directamente al grano», decidí.

Me mostró unos sombreros de dos dólares.

—Quince dólares —dijo.

—Sus precios son exagerados —dije, y di media vuelta y salí.

El vendedor me siguió hasta la calle:

—Sólo un minuto, señor.

Yo seguí caminando.

Esa noche tuve un sueño recurrente: yo estaba de regreso en Ciudad de México, hablando con Art González, un antiguo compañero de habitación de Allerton. Le pregunté dónde estaba Allerton y dijo: «En Agua Diente». Eso quedaba al sur de Ciudad de México, y me puse a preguntar sobre una conexión de autobús. He soñado muchas veces que estaba de vuelta en Ciudad de México y que hablaba con Art o con el mejor amigo de Allerton, Johnny White, y que les preguntaba dónde podía encontrarlo.

Volé a Ciudad de México. Estaba un poco nervioso al entrar en el aeropuerto; algún policía o inspector de Inmigración podía descubrirme. Decidí no separarme del atractivo turista joven que había conocido en el avión. Había guardado el sombrero y al bajar del avión me quité las gafas. Me colgué la cámara del hombro.

—Tomemos un taxi hasta la ciudad. Compartiremos el gasto. Así es más barato —le dije a mi turista. Atravesamos el aeropuerto como padre e hijo—. Sí —le estaba diciendo—, aquel hombre en Guatemala me quería cobrar dos dólares desde el Palace Hotel hasta el aeropuerto. Le dije *uno*.

Levanté un dedo. Nadie nos miró. Dos turistas.

Subimos a un taxi. El conductor dijo doce pesos por los dos hasta el centro de la ciudad.

—Un minuto —dijo el turista en inglés—. Le falta el contador. ¿Dónde tiene el contador? Usted está obligado a llevar un contador.

El conductor me pidió que explicara a mi compañero que estaba autorizado a llevar pasajeros del aeropuerto a la ciudad sin contador.

—¡No! —gritó el turista—. Yo no soy turista. Vivo en Ciudad de México. ¿*Sabe* del Hotel Colmena? Yo vivo en el Hotel Colmena. Lléveme a la ciudad pero yo pago lo que marque el contador. Llamo a la policía. *Policía*. Usted está obligado por ley a llevar un contador.

«Dios mío», pensé. «Lo único que me faltaba, este idiota llamando a la autoridad». Veía a los policías que se iban amontonando alrededor del taxi, sin saber qué hacer y llamando a otros policías. El turista se bajó del taxi con la maleta. Le estaba tomando el número de la patente.

—Yo enseguida grito *policía* —dijo.

—Bueno —dije yo—, me parece que yo voy a tomar este taxi de todos modos. No podré llegar a la ciudad por mucho menos… *Vámonos* —le dije al conductor.

Me registré en un hotel de ocho pesos cerca de Sears y fui hasta el Lolas con el estómago frío de excitación. La barra estaba en un sitio diferente, pintada, con muebles nuevos. Pero detrás de la barra vi al viejo camarero de siempre, con su diente de oro y su bigote.

—*¿Cómo está?* —dijo. Nos estrechamos la mano. Me preguntó adonde había ido y le dije que a Sudamérica. Me senté con un ponche Delaware. El lugar estaba vacío, pero tarde o temprano aparecería algún conocido mío.

Entró el Comandante. Un retirado del ejército, canoso, vigoroso, fornido. Con él pasé resueltamente lista:

—¿Johnny White, Russ Morton, Pete Crowly, Ike Scranton?

—Los Ángeles, Alaska, Idaho, no lo sé, todavía dando vueltas por ahí. Siempre anda por ahí.

—Y, ah, ¿por dónde anda Allerton?

—¿Allerton? Me parece que no lo conozco.

—Hasta luego.

—Buenas noches, Lee. Tómate las cosas con calma.

Fui hasta Sears y hojeé las revistas. En una llamada *Pelotas: Para Hombres de Verdad*, estaba mirando una foto de un negro suspendido de un árbol: «Vi cómo colgaban a Sonny Goons». Se me apoyó una mano en el hombro. Di media vuelta y allí estaba Gale, otro retirado del ejército. Gale tenía el aire apagado del borracho reformado. Repasé la lista.

—La mayoría se han ido —dijo Gale—. De todos modos, nunca veo a esa gente; ya no ando por Lolas.

Le pregunté por Allerton.

—¿Allerton?

—El chico alto y flaco. Amigo de Johnny White y Art González.

—También se fue.

—¿Hace cuánto tiempo?

No hacía falta ser cauto con Gale. No se daba cuenta de nada.

—Lo vi hace cosa de un mes pasando por la acera de enfrente.

—Hasta luego.

—Hasta luego.

Despacio, puse la revista en su sitio y salí y me apoyé contra un poste. Después volví caminando al Lolas. Burns estaba sentado a una mesa, bebiendo una cerveza con la mano mutilada.

—Casi no viene nadie por aquí. Johhny White y Tex y Crosswheel están en Los Ángeles.

Yo le miraba la mano.

—¿Sabes algo de Allerton? —preguntó.

—No —dije.

—Se fue a Sudamérica o a un sitio parecido. Con un coronel del ejército. Allerton

fue como guía.

—¿Ah, sí? ¿Cuánto tiempo hace que se fue?

—Unos seis meses.

—Habrá sido poco después de irme yo.

—Sí. Más o menos por esa época.

Burns me dio la dirección de Art González y fui a verlo. Estaba tomando una cerveza en un bar delante de su hotel y me llamó. Sí, Allerton se había marchado hacía unos cinco meses, como guía de un coronel y de su mujer.

—Iban a vender el coche en Guatemala. Un Cadillac del 48. Tuve la sensación de que había algo no del todo correcto en aquella operación. Pero Allerton nunca me contó nada concreto. Ya sabes cómo es. —Art parecía sorprendido de que yo no supiera nada de Allerton—. Nadie ha tenido noticias de él desde que se marchó. Eso me preocupa.

Me pregunté qué podría estar haciendo, y dónde. Guatemala es cara, San Salvador caro y un sitio de mala muerte. ¿Costa Rica? Lamenté no haber parado en San José al volver.

González y yo hicimos el número de ir preguntando dónde estaba Fulano de Tal. Ciudad de México es una terminal de viajes por el espacio-tiempo, una sala de espera donde tomas algo rápido mientras esperas el tren. Por eso soporto vivir en Ciudad de México o en Nueva York. Uno no se queda allí atascado; por el solo hecho de estar allí, uno está viajando. Pero en Panamá, cruce del mundo, los tejidos envejecen. Tienes que acordar algo con Pan Am o con la línea holandesa para que retiren de allí tu cuerpo. De lo contrario, quedaría atrapado y se pudriría al calor bochornoso, bajo un techo de hierro galvanizado.

Esa noche soñé que finalmente encontraba a Allerton, oculto en algún lugar apartado de Centroamérica. Parecía sorprendido de verme después de todo ese tiempo. En el sueño yo me dedicaba a buscar personas desaparecidas.

—Señor Allerton, represento la Compañía de Finanzas Amistosas. ¿No se habrá olvidado de algo, Gene? Se supone que tiene que venir a vernos cada tres martes. Lo hemos echado de menos en la oficina. No nos gusta decir: «Pague, o de lo contrario…». Decir eso no es nada amistoso. Me pregunto si habrá leído alguna vez el texto *completo* del contrato. Me refiero en especial a la cláusula 6(x), que sólo se puede descifrar con un microscopio electrónico y un filtro de virus. No sé si usted, Gene, sabe qué significa «de lo contrario».

»Ah, ya sé lo que pasa con ustedes los jóvenes. Salen corriendo detrás de alguna fulana y se olvidan de Finanzas Amistosas, ¿verdad? Pero Finanzas Amistosas no se olvida de ustedes. Como dice la canción: “No hay por ahí ningún escondite”. Sobre todo si el Buscador de Desaparecidos anda haciendo su trabajo.

En el rostro del Buscador de Desaparecidos apareció una expresión soñadora. Se

le abrió la boca, descubriendo unos dientes duros y amarillos como marfil antiguo. Despacio, su cuerpo se deslizó por el sillón de cuero hasta que el respaldo le empujó el sombrero sobre los ojos, que brillaron a la sombra del ala, atrapando puntos de luz como un ópalo. Se puso a tararear una y otra vez «Johnny's So Long at the Fair». La voz se interrumpió en el medio de una frase.

El Buscador de Desaparecidos hablaba con voz lánguida e intermitente, como la música que viene por una calle ventosa.

—En este trabajo uno encuentra a todo tipo de personas. De tanto en tanto entra en la oficina algún ciudadano de poco peso e intenta pagar a Finanzas Amistosas con *esta* mierda.

Extendió un brazo por encima del borde del sillón, con la palma hacia arriba. Despacio, abrió una mano delgada y bronceada, con las yemas de los dedos de un azul morado, y mostró un fajo de billetes amarillos de mil dólares. La mano giró, volviendo la palma hacia abajo, y cayó contra la silla. Se le cerraron los ojos.

De repente la cabeza se le torció hacia un lado y le salió la lengua. Los billetes le fueron cayendo de la mano, uno tras otro, y quedaron arrugados sobre el suelo de baldosas rojas. Una ráfaga de viento cálido de primavera metió las sucias cortinas rosadas en la habitación. Los billetes susurraron deslizándose por el suelo y se amontonaron a los pies de Allerton.

Imperceptiblemente, el Buscador de Desaparecidos se fue incorporando, y entre los párpados se le coló una rendija de luz.

—Quédese con esto, muchacho, por si lo necesita —dijo—. Ya sabe cómo son en estos hoteles. Uno tiene que llevar sus propios billetes.

El Buscador de Desaparecidos se echó hacia adelante y apoyó los codos en las rodillas. De pronto estaba de pie, como si lo hubieran levantado del sillón, y con el mismo movimiento ascendente echó hacia atrás con un dedo el sombrero que le cubría los ojos. Caminó hasta la puerta y se volvió, con la mano derecha sobre la perilla. Se frotó las uñas de la mano izquierda en la solapa del gastado traje de tela escocesa. Del traje, cuando se movía, salía un olor mohoso. Tenía moho debajo de las solapas y en el dobladillo de los pantalones. Se miró las uñas.

—Ah…, en cuanto a su… cuenta… Volveré pronto. Es decir, dentro de los próximos…

La voz del Buscador de Desaparecidos llegaba amortiguada.

—Llegaremos a *algún* tipo de acuerdo.

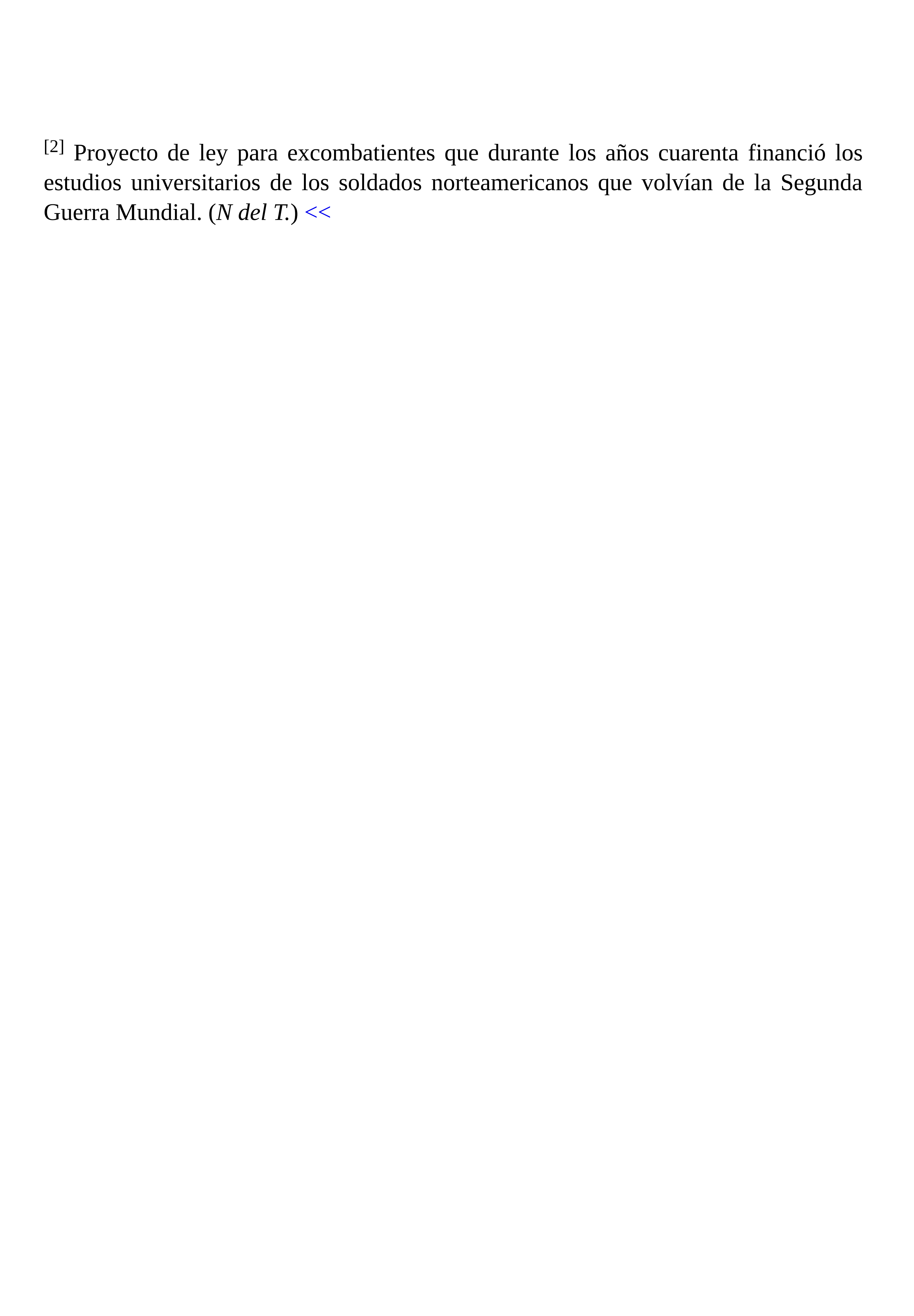
Ahora la voz sonó con fuerza y claridad. Se abrió la puerta y el viento sopló atravesando la habitación. La puerta se cerró y las cortinas volvieron a su sitio. Una de ellas se quedó colgando del sofá como si alguien la hubiera arrojado allí con la mano.



WILLIAM S. BURROUGHS (EE. UU., 1914-1997). Es una figura legendaria de la literatura norteamericana de este siglo, un escritor comparado con Villon, Rimbaud y Genet. Tanto su vida como su obra, de un pesimismo total y un sombrío sentido del humor, reflejan una actitud de rebelión permanente contra la sociedad convencional. Amigo e ídolo de Kerouac y Ginsberg, se lo considera el gran «gurú» de la generación beat, pese a su negativa a ser incluido en ella. Anagrama ha publicado *Y los hipopótamos se cocieron en sus tanques, Las cartas de la ayahuasca, Yonqui* y *El almuerzo desnudo*.

Notas

[1] Las palabras que aparecen en cursiva están en español en el original. (*N del T.*) <<



[2] Proyecto de ley para excombatientes que durante los años cuarenta financió los estudios universitarios de los soldados norteamericanos que volvían de la Segunda Guerra Mundial. (*N del T.*) <<